

ASTROLOGÍAS GALLICA

LIBRO XVIII

Traducción de Pepita Sanchís Llacer



JEAN BAPTISTE MORIN
DE VILLEFRANCHE

PARTE I

SOBRE LAS FORTALEZAS Y DEBILIDADES DE LOS PLANETAS

(Faltan pequeños fragmentos del texto.
Agradeceremos a quien nos
los proporcione para incluirlos aquí)

Este libro trata acerca de las fortalezas y debilidades de los planetas, tema de gran relevancia e importancia para la astrología, pero se verá por lo que sigue cuan mal, de forma confusa e imperfecta ha sido tratado por los antiguos astrólogos y que en estas cuestiones, puesto que había que desarrollarlas por igual, hemos prestado más atención y seguido preferentemente a la naturaleza que a los textos, no sólo en éste, sino también en todos los demás libros.

CAPÍTULO I

Qué es la fortaleza de los planetas y cuánta es

La fortaleza de un planeta y su virtud se diferencian en que *virtud*, propiamente dicho, significaría su naturaleza elemental o influenciadora, por medio de la cual el propio planeta actúa, y, en cambio, por *fortaleza* se entiende la cantidad de dicha virtud. Por ejemplo, dos imanes de igual tamaño, de los cuales uno elevaría dos libras de hierro y el otro doce, son obviamente idénticos en cuanto a virtud, -puesto que uno y otro tienen una virtud del mismo género, es decir: atraer el hierro-, pero difieren por su potencia o fortaleza, ya que no tienen ambos la misma cantidad de tal virtud. Por lo tanto, la fortaleza de un planeta parece definirse correctamente si se dice que es *la cantidad de virtud con la cual actúa el propio planeta*.

Pero hay dos tipos de fortaleza de un planeta: la intrínseca y la extrínseca. *Intrínseca* es la que mide la cantidad de virtud intrínseca por la cual dicho planeta actúa por sí mismo, e indica cuánta es la potencia, por ejemplo, del Sol (considerado según su luz, calor e influencia, que son las cosas por medio de las cuales obra *per se*). Pero la *extrínseca* es la que mide la potencia del planeta a partir de elementos extrínsecos, es decir: su estado en el Cielo, posición respecto al horizonte etc. Pues en estas circunstancias no se dice que el planeta actúa por sí mismo, sino *por accidente*, en la medida en que dichas circunstancias le ayudan, obstaculizan o determinan para actuar *per se*. Pero, aunque ambas fortalezas se pueden considerar en virtud de su naturaleza elemental o influenciadora, a pesar de ello, aquí hemos decidido atender solamente a su fortaleza influenciadora y exponer la misma.

Además, por lo que se refiere a los antiguos, hablaron de la fortaleza intrínseca de forma general -pero con parquedad- cuando dijeron que el Sol y la Luna eran más poderosos que los otros planetas, y los planetas superiores que los inferiores; pero, al definir las fortalezas de cada planeta individualmente, omitieron la propia intrínseca, a causa de su insostenible desidia. Por ejemplo: concedieron a Júpiter, por su posición en su propio domicilio, 5 grados de fortaleza; por su ubicación en la décima Casa, otros 5 grados; por su conjunción con la benéfica Venus o con la Espiga de la Virgen (Nota: la estrella Spica), otros 5. Pero, por esos criterios y otros semejantes, tan sólo se da a conocer la fortaleza extrínseca de Júpiter, pero no la intrínseca. Y si alguien dijera por eso que Júpiter, por su conjunción con Venus, se refuerza 5 grados, se deduciría de ello que Venus tiene intrínsecamente una fortaleza de 5 grados. Y yo preguntaría: ¿porqué no otorgan aquí a Júpiter ninguna fuerza intrínseca? Es más, ¿porqué, al colegir de forma similar las fuerzas de Venus, no dicen tampoco nada de ésta, la fortaleza intrínseca de Venus? Y, en suma, ¿porqué no determinaron previamente las fuerzas internas de cada planeta individualmente, cuando no sería de poco interés saber cuánta es la fortaleza interna de cada planeta, para que quedara claro en qué medida refuerza a otro con su unión o aspecto?

Además, cuando se empeñan en que un planeta cualquiera se refuerza 5 grados por su conjunción con Júpiter -o Venus, o una estrella fija benéfica de primera magnitud-, hacen de igual fuerza

interna al menos a Júpiter, Venus y dicha estrella fija, aun cuando ninguna estrella fija se habría de equiparar, en cuanto a fortaleza interna, a ninguno de los siete planetas, los principales gobernantes de este mundo.

Pero, por lo que respecta a la fortaleza extrínseca, ésta tan sólo nos ha sido legada por los astrólogos de forma harto confusa e imperfecta. Por lo cual parece que en ambos temas hemos de recomponer aquí la astrología.

CAPÍTULO II

Acercas de la fortaleza intrínseca de los planetas.

La fortaleza intrínseca de los planetas (o cantidad de virtud influencial de los mismos) no puede ser medida y definida por los hombres de forma precisa, sino tan sólo por conjeturas. Y no debe ser definida o delimitada por el tamaño aparente del planeta, pues, de ser así, la fortaleza del Sol o de la Luna superaría tanto la de todos los otros planetas juntos que ésta, en comparación de aquélla, sería nula o mínima, y sin embargo Saturno en la misma Casa o signo que el Sol lo supera la mayoría de las veces en virtud y eficacia, como atestiguan los efectos de uno y otro: siempre que el Sol está conjunto, opuesto o cuadrado con Saturno, resulta extremadamente turbado en sus efectos, cosa que no sucedería si la fortaleza intrínseca de ambos fuese proporcional a la masa aparente para nosotros de uno y otro.

Por lo que queda claro que el Sol supera ciertamente a los otros astros -respecto a nosotros- en luz y calor, en razón de su aparente magnitud y por la diferencia que hay entre la luz frontal y un reflejo (lo que se diría de los otros planetas y sobre todo de la Luna, que, por su masa aparente, iguala al Sol y, careciendo de luz frontal, refleja la del Sol como nuestra Tierra), pero no los supera en influencia. Y lo mismo cabe pensar de la propia Luna respecto a Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, que, igual que la Luna, reflejan la luz del Sol hacia lo inferior.

Pero, tampoco se debe definir dicha cantidad de virtud influencial de los planetas en función de la mayor o más intensa luz de los mismos. De ser así, igual que el Sol oculta con su luz la luminosidad de todos los otros astros, también ocultaría con su influencia la influencia de aquéllos, o la cohibiría. Sin embargo, incluso los planetas combustos manifiestan evidentemente su influencia sobre este mundo inferior, como lo prueba la experiencia y se demostró en la sección 3, libro 16, capítulo 3.

Por lo cual, a mi juicio, obraríamos correctamente si determináramos la propia fortaleza intrínseca de cada astro según el semidiámetro del orbe de virtud de cada cual, puesto que se ha aprendido por el capítulo 13, sección primera del libro 16, que la influencia de un astro está vigente en ese mismo orbe y no fuera de él,

a no ser por los aspectos. Y ya que las fuerzas intrínsecas o extrínsecas de los astros deben ser determinadas y contabilizadas en grados o medida de algún tipo, por eso aquí diremos que el Sol tiene por sí mismo 18 grados de fortaleza intrínseca; la Luna, 12; Saturno, 7; Júpiter, 8; Marte, 6.30; Venus, 13; Mercurio, 8; las estrellas fijas de primera magnitud, 6; las de segunda, 5; las de tercera, 4; las de cuarta, 3; las de quinta 2; las de sexta, 1, siguiendo los semidiámetros de orbe de cada planeta individual.

Se objetará que de allí se sigue que Saturno, Marte y la Luna tienen una fuerza influenciadora inferior a Venus y Mercurio, lo cual parece completamente absurdo, puesto que en igualdad de condiciones se muestran mucho mayores los efectos de Saturno, Júpiter y Marte, que los de Venus o Mercurio; aunque, si éstos últimos están fortalecidos por razones extrínsecas, tampoco se vuelven débiles los otros.

Respondo a ello: es cierto que la fuerza influenciadora de Mercurio es mayor, en cuanto a *extensión*, que la de Saturno o Marte, por su orbe de virtud más amplio, pero no lo es por lo que a la *intensidad* se refiere. Porque Saturno, Júpiter y Marte actúan más fuerte e intensamente en sus propios orbes de virtud que Venus y Mercurio en los suyos, y por eso estos últimos producen menores efectos. Y por esa razón, puesto que aquí hay pronunciarse acerca de la fortaleza del planeta según la intensidad de esa fuerza, no me parece fuera de lugar que la fuerza influenciadora del Sol sea intensivamente de 18 grados; la de la Luna de 15; las de Saturno y Marte, de 12; las de Venus y Mercurio, de 8. Pues ningún hombre mortal puede aportar un juicio exacto acerca de ello. Y una vez sentada esa distinción, no resulta de ello ningún absurdo, pues un planeta puede ser más fuerte que otro *extensivamente*, pero no *intensivamente*, ya que ambas cosas no son incompatibles a la vez, como se ha dicho de Venus, que es más fuerte extensivamente que Júpiter, pero no intensivamente.

Además, esa fortaleza sigue la naturaleza y cualidad del astro, de tal modo que la fortaleza de un astro maléfico *per se* es para perjudicar, y la de un benéfico por sí mismo, para beneficiar, a no ser que el estado celeste del planeta y su determinación por Casa, conviertan por accidente a un planeta maléfico por sí mismo en benéfico, como, por ejemplo, si Saturno estuviera en Acuario y en trígono a Mercurio en Géminis en el Ascendente, por lo que al ingenio se refiere; o a un benéfico *per se* lo convirtieran en maléfico por accidente, como, por ejemplo, si Venus estuviera en Escorpio y en la quinta Casa, herida por cuadratura por Saturno desde Acuario en la octava en cuestión de los infortunios de los placeres.

CAPÍTULO III

De la fortaleza extrínseca de los planetas, en general.

Se ha dicho en el capítulo I que la fortaleza extrínseca de los planetas se da por su estado en el Cielo y su posición respecto al Horizonte, las cuales son los dos fuentes más importantes de fortaleza

extrínseca que se separan luego en diversos riachuelos, puesto que es múltiple el estado del planeta en el cielo, a causa de las diversas situaciones de aquél, y múltiple también su posición respecto al horizonte. Aparte de esos estados, hay también algún otro de mediana importancia: cuando el planeta está en su apogeo, perigeo, diurno durante el día, nocturno por la noche, sobre la Tierra etc. Ya los trataremos individualmente, pero primero hay que examinar la cualidad y fortaleza de cada uno, para que se sepa luego más fácilmente en qué medida cualquier planeta se ve fortalecido para obrar bien o mal.

Porque los planetas bien dispuestos en el cielo -y ubicados en las Casas afortunadas del tema, diurnos durante el día y nocturnos por la noche, sobre la Tierra- resultan favorables, aunque fueran maléficos por naturaleza. Pero estando en situación contraria, su propia virtud se degrada, y de allí que tengan efectos nocivos -aunque fueran buenos por naturaleza- según su proporción de buen o mal estado. Y en un buen estado se dice vulgarmente que se *refuerzan*; en malo, que se *debilitan*. Y puesto que los planetas no sufren ninguna debilidad intrínseca, sino tan sólo extrínseca, cualquier cosa que se diga más adelante de su fortaleza extrínseca, hay que entenderlo por igual de su debilidad extrínseca, según la tabla que hemos de poner al final del libro. Pero aquí hay que advertir que, cuando decimos que un planeta se fortalece o debilita, o se afortuna o infortuna, esto no se debe entender del planeta en sí, sino tan sólo de su acción, que de ello será mayor o menor, más afortunada o más infortunada. Por ejemplo: si Júpiter estuviera solo en Cáncer, actuaría con fuerza y de forma afortunada por conjunción y por trígono. Pero si estuviera allí mismo conjunto a la Luna, obraría de forma aún más fuerte y afortunada. En cambio, si en ese mismo sitio se hallara conjunto a Saturno, sus efectos serían más débiles e infortunados. Evidentemente, porque para su efecto concurre Saturno, maléfico por naturaleza y empeorado en el signo de Cáncer. Y así de los demás.

CAPÍTULO IV

Sobre la fortaleza extrínseca de los planetas por su estado celeste, según los signos en los que están. Y, en primer lugar, cómo obran los mismos en su propio Domicilio, exaltación y triplicidad.

Hemos de tratar primero de ese estado, porque es anterior en cuanto al orden y dignidad al estado de los mismos planetas respecto a la Tierra. Pues el estado celeste de los planetas es de tres tipos, según la triple situación de éstos. Evidentemente:

- Según los signos del zodiaco.
- Según sus respectivas configuraciones o aspectos entre ellos
- Según las luminarias, en cuanto que los otros planetas son orientales u occidentales respecto a ellas.

Empezaremos por el primero:

Así pues, ya que cualquier signo desde el principio de la creación está determinado para la naturaleza de algún planeta y actúa según ésta, pero cada planeta dondequiera que esté obra siempre según su propia naturaleza, en consecuencia, habrá que tener continuamente en cuenta tanto la naturaleza del signo como la del planeta para llegar a conocer qué clase de mixtura de naturalezas surge de allí y cuánto se fortalece o debilita el planeta por ello.

Además, el planeta o está en su Domicilio, o en su exaltación, o tan sólo en su triplicidad, o en los signos contrarios en los que se le llama *exiliado*, *caído* o *peregrino* (es decir, simplemente en signos ajenos). Y se dice que en su Domicilio actúa tan sólo según su propia y simple naturaleza, y esto con una virtud influenciada duplicada, porque el signo y el planeta que obran a la par serían de la misma naturaleza influenciada; y también con una naturaleza elemental duplicada, porque la naturaleza elemental del signo sería la misma que la naturaleza elemental intrínseca o extrínseca del planeta, que también puede ser llamada *oculta* o *manifiesta*, tema que hemos tratado en el libro 15, sección 1, capítulo 2 y 3. Pero, puesto que a cada uno de los cinco planetas menores le corresponden dos Domicilios, una de la misma naturaleza elemental que la naturaleza elemental manifiesta del propio planeta -a la que se llama su "Casa principal"-, pero la otra de naturaleza contraria en razón de la naturaleza elemental oculta del mismo planeta, no cabe duda de que el planeta obrará con más potencia según su propia naturaleza benéfica o maléfica, cuando se encuentre en su Domicilio principal, porque desde allí su virtud influenciada y la elemental manifiesta se duplican. Por otra parte, un planeta en su domicilio actuará con fuerza y continuidad, al menos en los asuntos permanentes del tema natal, como son: el carácter, la inteligencia, temperatura etc.

Pero del planeta que está fuera de su Domicilio se dice que obra según la naturaleza y estado de su señor, o sea, la del planeta que domina dicho signo, lo cual, sin embargo se debe entender así: no cambia el propio planeta su naturaleza, ni su modo intrínseco de actuar, sino que siempre actúa por sí mismo del mismo modo, es decir, según su propia y simple naturaleza. Ni recibe una nueva fuerza del signo, o de su regente, de lo contrario, al pasar de un signo a otro, estaría sometido a continuas alteraciones y así se le enajenaría su propia naturaleza. Y tampoco obra a través del signo, o de su regente, porque éstos no están subordinados a él en su actuación.

En cambio, se puede dudar de si el signo en el cual el propio planeta está, actúa *per se*. Pero si los signos no obraran por sí mismos como signos, es decir, como partes del Cielo determinadas para las naturalezas planetarias, en consecuencia, puesto que los signos no tendrían virtud alguna -y así o no estarían determinados para obrar, o lo estarían inútilmente, según la naturaleza de los planetas que, según se dice, los gobiernan-, sería ficticio tal dominio, cosas que son todas ellas contrarias a la experiencia. Por lo tanto, los signos actúan por sí

mismos, como signos o Domicilio de los planetas, o, si prefieres, como partes del cielo sustitutas de los siete planetas o Rectores del Mundo. Pero actúan según la naturaleza y estado celeste de su señor que reproducen por determinación. Por ejemplo: si Aries estuviera en el Ascendente y su regente, Marte, en la décima casa, bien dispuesto, el nativo sería de carácter belicoso y ambicioso de dignidades militares. No porque el signo o su fuerza activa sufran algún cambio a causa de su regente o el diverso estado de éste, sino porque la naturaleza influyente del signo está primero, formal y formalmente en el planeta regente, y tan sólo secundaria y por determinación en el propio signo. No obstante, en el mundo sublunar que les está sujeto, se recibe el efecto de uno y otro, por la dependencia esencial del signo de su planeta regente, en razón de su determinación.

Alguien dirá: en el mismo momento, el estado de Júpiter respecto al Cielo y la Tierra es el mismo, por lo tanto Sagitario y Piscis actuarán del mismo modo y harán lo mismo, aunque se dice que Sagitario es un signo de Fuego e influye en el calor, y Piscis en cambio es un signo de Agua.

Pero se responde que en Júpiter están ambas naturalezas, es decir: la ígnea de manera manifiesta y formal, la acuática de manera oculta y profunda. Y la una no está nunca en el mismo estado que la otra a causa del signo por el cual discurre Júpiter, pues si éste se halla en Aries, favorecerá a Sagitario; y si se encuentra en Cáncer, favorecerá a Piscis. Por lo tanto, Sagitario y Piscis nunca harán lo mismo a causa de la doble naturaleza de Júpiter.

Así pues, queda por añadir que un planeta fuera de su Domicilio actúa en connivencia con el signo en el cual está y el regente de éste, según el estado de dicho regente: si el Sol está en Sagitario, el Sol obrará según su naturaleza, Sagitario según la suya y Júpiter, regente de Sagitario, según la propia y su estado, en todas aquellas cosas hacia las cuales está determinado el Sol por su posición en el tema natal, y por eso la cualidad jupiterina es recibida en el nativo no sólo por Sagitario -parte del Primer Movable-, sino también por Júpiter, según su propio estado; o, por fin, se diría que el Sol actúa con Sagitario, éste con Júpiter, y éste con el signo en el cual se halla, y éste con su regente etc. Pero las causas y conexiones más cercanas son más eficaces que las más remotas.

Pero por ello se sabe obviamente qué planeta o qué planetas están siempre, en cualquier momento, más fuertes en el cielo o en el mundo entero. Porque los que están colocados en sus propios domicilios son los dispositores de muchos otros planetas; y si dos planetas estuvieran en sus domicilios respectivos, y regieran a los demás, también serían muy fuertes. Por el contrario, cuando todos están en sus propios domicilios, son por ello igual de fuertes. Y si, por fin, todos están fuera de sus domicilios y exaltaciones, serán todos débiles, en el cielo y en el mundo. Pero más débiles resultarían si estuvieran en su exilio o caída. De estas circunstancias se deducen unos notables misterios de la astrología que se expondrán en su lugar.

Además, un planeta fuera de su domicilio puede encontrarse en su exaltación y entonces debe considerarse de dos maneras: primero, en la medida en que está sujeto al dominio de otro, como se ha dicho antes. Segundo, en la medida en que está en su exaltación, pues entonces actúa de forma más intensa y eficaz sobre el mundo inferior que si estuviese en su propio domicilio, a causa de la posición que ocupa en el zodiaco, la más proporcionada a su virtud y de dónde dicha virtud más fuerza cobra. Y suele producir grandes y repentinos efectos -unas veces buenos; otras, malos- según su propia naturaleza y estado y los de su dispositor, y según su ubicación en la figura, es decir, la Casa del tema que ocupa, porque allí actúa con fuerza y casi con violencia.

Además, un planeta fuera de su domicilio o exaltación, puede encontrarse en su triplicidad, a la cual los antiguos, y especialmente todos los árabes, concedían tanta fuerza que la mayor parte de los eventos los atribuían a los señores de las triplicidades (a pesar de que los habían colocado mal, como hemos demostrado en el libro 15, capítulo 6). Por lo demás, la fortaleza, si sólo es por triplicidad, es más débil que las otras y consiste en eso: en que el planeta al menos está en un signo de la misma naturaleza elemental que él, obviamente, la manifiesta u oculta, y en trígono a su propio domicilio elemental que por ello se refuerza.

Por último, del mismo modo que las triplicidades de los signos se basan en la identidad de la naturaleza elemental, así las dignidades de las triplicidades se basan en el dominio de los planetas sobre los signos de dichas triplicidades. De donde resulta que cualquier planeta que está en su domicilio, está también en su triplicidad, pero no al revés. Y, así pues, un planeta en su domicilio tendría algo de la fuerza que puede caberle en suerte en razón de la triplicidad, evidentemente mucho mejor que en otro lugar, porque ciertamente está en el signo por medio del cual tiene algún derecho sobre toda la triplicidad.

CAPÍTULO V

Cómo y cuánto se fortalecen o debilitan los planetas extrínsecamente por su domicilio, exaltación, triplicidad o las situaciones contrarias a éstas.

Puesto que un planeta ubicado en su domicilio, exaltación o triplicidad recorre un signo de la misma naturaleza que él o adecuado a su virtud -donde, por consiguiente, ni su naturaleza ni su virtud sufren impedimento o contrariedad alguna, sino que adquieren un apoyo más fuerte y una alianza congruente-, en razón de ello, cualquier planeta está bien dispuesto en tales lugares, y por eso se dice que está fortalecido y afortunado. Y ciertamente está fortalecido por la razón ya expuesta, pero no está fortalecido en sí mismo, sino respecto a las cosas inferiores, porque todo planeta benéfico por su propia naturaleza, cuanto mejor dispuesto está, tanto más fuerte y perfectamente obra según su propia naturaleza, y en la medida en que

se ha explicado anteriormente. Por lo que se suele decir que es más afortunado y benéfico para las cosas sublunares, porque, evidentemente, produciría y promovería más eficazmente los significados de las buenas Casas de la figura subordinadas a él, y en cambio eliminaría incluso o reduciría mucho las desgracias de las malas.

Pero respecto a los maléficos (Saturno y Marte) parece haber más motivo de duda: ¿Porqué no se va a duplicar también su fuerza maléfica cuando estén colocados en sus domicilios? Y por eso, si se hallaran además en las Casas malas de la figura, ¿porqué no nos iban a afectar de forma mucho peor, y, al contrario, en las Casas buenas no quitarían o impedirían con más fuerza el bien? Pues si la fuerza benéfica de los benéficos se duplica, por la misma razón la maléfica de los maléficos debe duplicarse. Sin embargo, consta por experiencia que los maléficos en sus domicilios la mayoría de las veces resultan benéficos en las Casas buenas de la figura y perjudican menos en las malas. Por lo tanto, hay que decir que su fuerza también se duplica, pero que su naturaleza por sí misma no es completamente maléfica, sino tan sólo principalmente maléfica. Por lo que resulta que, una vez duplicada toda su fuerza, también se duplica lo que hay en los mismos de naturaleza benéfica. Además, el mal causado en las cosas sublunares, no lo es tan sólo por la naturaleza maligna del planeta por sí, sino también por la debilidad y degradación de su virtud influencial, que se da por su posición en signos contrarios a su naturaleza, es decir, el exilio, la caída o los otros estados en los que se les llama *peregrinos*. Por lo tanto, cuando los maléficos recorren su propios signos -por Domicilio o exaltación-, su virtud fluye sin degradarse ni debilitarse, sino que, al contrario, se perfecciona y refuerza. Por lo cual, la naturaleza benéfica que hay en ellos formalmente sale más fácilmente a la hora de actuar. De donde resulta que los maléficos Saturno y Marte también proporcionan la mayoría de las veces notables beneficios cuando están situados en sus domicilios o exaltaciones, si se hallan en casas congruentes del tema (como la décima en cuanto a dignidades, o en la primera por lo que se refiere a la fortaleza de ánimo) o las rigen (sobre todo, si están iluminados por buenos aspectos de los benéficos y especialmente del Sol y la Luna). Pero difícilmente beneficiarán alguna vez sin peligros y grandes dificultades -porque hacen valer sus beneficios aún más notablemente por una victoria-, o al menos sin medios y caminos inicuos o vergonzosos, como se puede ver con claridad en las cartas natales de muchos que, o acumularon inmensas riquezas, o se elevaron a las más altas dignidades con malas artes. Además, aun tan bien dispuestos como se quiera, a pesar de ello por su naturaleza siempre están predispuestos sobre todo para obrar mal y esto es lo que hacen primero, o por su malignidad innata, o porque están en las Casas malas del tema o las rigen, o porque perjudican a los principales significadores de los bienes por su posición, regencia o analogía, con malos aspectos, o se elevan sobre los mismos, como se explicará con más detalle en su lugar. Así pues, todo planeta en su propio domicilio o exaltación puede hacer el bien de forma insigne, o hacer el mal por

conjunción o aspectos según la naturaleza del planeta y de los aspectos.

Queda no obstante por añadir a lo explicado anteriormente que todo planeta en su propio Domicilio se fortalece extrínsecamente por el signo 5 grados; en su exaltación, 4 grados y en su triplicidad, 3 grados, según la opinión de los antiguos que me parece razonable suscribir. Pero discrepo de ellos en que a un planeta ubicado en su propio Domicilio se le deban atribuir aparte 3 grados de fortaleza por la Triplicidad, por la razón ya dicha al final del capítulo 4. Y éstas son las llamadas *fortalezas esenciales de los planetas por los signos*, porque se originan por la similitud o proporcionalidad de éstos con la virtud formal del planeta, como se ha dicho antes.

Pero cuando un planeta no está en su domicilio, exaltación o triplicidad, por fuerza se halla en su exilio, caída o en un signo que carece de afinidad o incompatibilidad con él, donde se dice que está *peregrino*. En su exilio, por la maligna combinación y mixtura de los influjos de signo y planeta, la influencia de uno y otro se degrada tanto a causa de su incompatibilidad que de allí tan sólo cabe esperar un efecto perverso. Así pues, un planeta en su exilio actúa según su propia naturaleza y la de su señor, pero de forma depravada, y mucho más si su dispositor estuviera también en su exilio, o su caída, o enemigo del planeta al que recibe. No obstante, un benéfico exiliado puede otorgar algún bien por conjunción, regencia o aspecto benéfico, a causa de su naturaleza benéfica y porque ésta prevalece sobre el signo, pero mucho menos y con más dificultades que si no estuviera en ese mal estado. Y si estuviera exiliado en el domicilio de un planeta maléfico, por la mala influencia de su dispositor el influjo de aquel benéfico se deterioraría aún más en la mezcla de ambos, sobre todo por el exilio del benéfico.

Pero un planeta en su caída está muy debilitado para actuar según su propia naturaleza, por la causa contraria que lo fortalece en la exaltación. De un planeta benéfico por naturaleza, pero en su caída, no cabe esperar en los signos efectos de la naturaleza de éste en las Casas afortunadas del tema: pues, obviamente, a duras penas recibe ayuda, a no ser de otro lado, como, por ejemplo, por un buen aspecto de su dispositor, o de un planeta que esté en el domicilio o exaltación, propio o de aquél (Nota: es decir, en el domicilio o exaltación del planeta o de su dispositor). Pero en las Casas malas, de buen seguro que perjudicará. Y si un planeta en caída fuera por naturaleza maléfico y estuviera en el domicilio de un maléfico, como Saturno en Aries, entonces será mucho peor y más fuerte para obrar mal, sobre todo en las Casas malas del tema. Así pues, cualquier planeta en caída actuará según su propia naturaleza debilitada, el signo que ocupa y el dispositor al cual está subordinado.

Por fin, un planeta tan sólo peregrino en un domicilio ajeno, no se degrada, como en el exilio, ni se debilita tanto como en su caída, sino que tan sólo se vuelve más flojo, y eso es únicamente por la carencia de compatibilidad natural o afinidad con dicho signo. Por eso

hacían mal los antiguos astrólogos al atribuir a ese planeta peregrino 5 grados de infortunio o debilidad, igual que si estuviera en su exilio. Así pues, hay que fijarse aquí solamente en si está en el domicilio de un planeta amigo o enemigo, tema que hemos tratado en el libro 15, capítulo 14. Pues un planeta peregrino en el domicilio de un amigo, casi no sufre ninguna merma para actuar según su propia naturaleza, incluso, la mayoría de las veces, se ve apoyado, como Saturno en el domicilio de Júpiter por lo que se refiere a las riquezas; pero si está en el domicilio de un enemigo, se exaspera o vuelve maligno, como Mercurio en Escorpio o Marte en Géminis que dan un ingenio ofensivo, fraudulento, mendaz etc. Pero cuando decimos que el planeta se *exaspera*, *deprava*, se *infortuna* por un mal aspecto y otras afirmaciones semejantes, eso no se debe entender del propio planeta *per se*, sino de sus efectos sobre las cosas sublunares a causa de un pésimo concurso de factores. Y lo mismo cabe entender, por el contrario, cuando se dice que un planeta se *fortalece* y *afortuna*.

Pero, una vez expuesto esto, ahora hay que decir: que un planeta benéfico en su exilio se debilita 5 grados y su influjo se vuelve maligno; en su caída, se debilita 4 grados, pero peregrino se debilita 3 grados, sobre todo en el domicilio de un enemigo o de un maléfico por naturaleza. Y, en suma, cualquier planeta incluso benéfico, mal dispuesto en cuanto a su estado celeste, asume una naturaleza maléfica, pero sobre todo exiliado o en caída, y no beneficiará con sus aspectos, incluso los benéficos, a no ser de forma degradada y muy levemente. Pero un maléfico en su exilio sería 5 grados peor para perjudicar y no beneficia de ninguna manera, ni por conjunción, ni por aspecto, ni por regencia, igual que Saturno en Leo o Cáncer, que a muchos les causa una muerte violenta y vergonzosa. Saturno en su caída sería 4 grados peor por la excesiva sequedad de Saturno y Marte, y el dominio del maléfico Marte. En cambio, Marte en Cáncer no sería peor, sino tan sólo 4 grados más débil para actuar, como me sucede a mí, que tengo Aries en el Ascendente y Marte en Cáncer, por lo cual me enojo fácilmente, y fácilmente me reprimo, y soy remiso a la hora de vengarme, a no ser que una cuestión de honor me encienda el ánimo. Así el Sol en Libra tan sólo se debilita, pero la Luna en Escorpio se vuelve peor, por el exceso de humedad y la malignidad de un dispositor enemigo. Y hay que seguir el mismo razonamiento para los demás. Por fin, un maléfico peregrino, algunas veces sería 3 grados peor, y algunas veces tan sólo más débil por la naturaleza del signo y de su regente, como ya se ha expuesto.

Y así es como hay que meditar acerca de las fortalezas y debilidades extrínsecas de los planetas por signo, siguiendo la propia experiencia, y no pensar indiscriminadamente, como los astrólogos vulgares, que cualquier planeta en su exaltación, por ejemplo, se fortalece 4 grados, pero en su caída se debilita otros tantos grados y que lo mismo es para todos los planetas fortalecerse o afortunarse -en cuanto a sus efectos- que debilitarse e infortunarse cualquiera que sea Casa de la figura que ocupe el planeta.

Finalmente, no me parece que convenga omitir aquí lo que observó Cardano: que los planetas en su propio Domicilio tienen significados más eficaces respecto a la vida, el cuerpo, las costumbres, el ingenio; en su exaltación, son más fuertes en cuanto a honores, dignidades, acciones y cambios de la fortuna; en su triplicidad, en cambio, más poderosos respecto a las amistades y conversaciones. A esas afirmaciones, con toda justicia, añado esto: tan sólo están determinados para tales asuntos los propios planetas *en el tema*. Porque es absurdo opinar que un planeta en la octava, que no fuera regente de la primera, aunque estuviera en su propio Domicilio, significaría algo de la vida o ingenio, cuando, al contrario, lo que representa es la muerte.

Así pues, Cardano dice (con más propiedad) en otro sitio que un planeta que está en su trono o en su Domicilio y es regente del Ascendente o de la carta natal, confiere al nativo una gran autoridad, una vida feliz y tranquila, tanto entre los suyos como los de fuera, y hace que alcance los bienes con facilidad. Pero en su exaltación, otorga, de repente, honores de un tipo mayor y potestades, pero con dificultades medianas y sujetas a frecuentes cambios. Y, en suma, presagia un estatus egregio e ilustre, pero la mayor parte de las veces turbulento, sobre todo si (es un añadido mío) reciben malos aspectos de Saturno o Marte. Por fin, un planeta en su triplicidad tan sólo hace que el nativo sea afortunado por sus consejos, preces, advertencias y negociaciones con los demás, y que sea escuchado por ellos.

CAPÍTULO VI

De la fortaleza extrínseca de los planetas por signo por cuestión del sexo.

Los astrólogos quieren que cualquier planeta formal o intrínsecamente masculino por sexo se refuerce en un signo masculino; y un femenino en uno femenino. Y, en cambio, que se debilite o infortune en los signos de sexo contrario. Y esto, de una forma indiscriminada, con lo cual, sin embargo, parecen contradecirse a sí mismos.

Pues, primero: a cada planeta cuando está su propio Domicilio, le dan 5 grados de fortaleza, y en su exilio, 5 grados de debilidad. Pero el Domicilio de la Luna y su exilio son signos femeninos por determinación, como es la misma Luna formalmente o por su propia naturaleza. Por lo tanto, a ésta, en su Domicilio habría que atribuirle algo más de 5 grados de fortaleza y en su exilio algo menos de 5 grados de debilidad, aunque piensan que se debilita en Capricornio los mismos grados que se fortalece en Cáncer. Y lo mismo hay que pensar de un planeta masculino en Leo y Acuario, signos también masculinos; o de Marte en Aries y Libra etc.

Además, a cada planeta -Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio- se les ha asignado, en el capítulo 3 del libro 15, dos Domicilios: uno masculino y otro femenino. Pero se dice que cualquier

planeta se refuerza 5 grados en ambos. Evidentemente, se piensa que es más fuerte en su Domicilio principal, con el cual hay una afinidad en sus cualidades elementales, a pesar de que Saturno es formalmente masculino y su principal Domicilio, Capricornio, es un signo femenino.

Por fin, Ptolomeo, en el capítulo 19, libro 3, al tratar de las enfermedades del alma, acusa de ello a Venus en signos femeninos en los temas natales de los varones, y Marte en signos masculinos en los de las mujeres, pues a unas y otros los hacen proclives incluso a deseos contra natura, si están determinados respecto a las costumbres u ocupan la Casa V por cuerpo, regencia u oposición. Así pues, la identidad de sexo entre el planeta y el signo que ocupa, por lo menos, no fortalece siempre o afortuna al propio planeta.

Pero, para eliminar esas dificultades, aclaro de nuevo que una cosa es que se fortalezca un planeta y otra que se vuelva afortunado en lo que a sus efectos sublunares se refiere. Y ambas cosas se han de diferenciar siempre con mucha precaución. Pues si el Sol estuviera en Aries, se fortalecería para producir calor; y si estuviera en ese signo masculino en conjunción con Marte, aún calentaría con más fuerza, pero no de forma sana, por el exceso. Del mismo modo, si el Sol (masculino) estuviera en Acuario (signo masculino) y Saturno (igualmente masculino) se hallara en Leo (masculino también), de aquella maligna oposición se originaría un efecto nocivo, cuya malignidad aún sería mayor si Marte estuviera en Tauro, cuadrado a ambos. Así pues, tal configuración será extremadamente fuerte, pero no afortunada, sino muy infausta. Resulta obvio que las malas configuraciones también tienen su fuerza y unas son más fuertes que otras. Y así la posición citada anteriormente para Marte y Venus en los temas natales de mujeres y hombres induce a un fuerte, es verdad, pero depravado apetito sexual.

En segundo lugar, afirmo que, de modo general, cualquier planeta influye de forma más poderosa y feliz desde un signo, con el cual tiene una compatibilidad sexual formal, pero mucho más si refuerza en él alguna dignidad principal (Domicilio o exaltación). Así, por ejemplo, Saturno derrama su influencia de forma más eficaz y afortunada desde Acuario que desde Capricornio, aunque desde Capricornio emite de manera más eficaz sus cualidades elementales por la compatibilidad existente, pero desde Libra (signo masculino), donde se exalta, influirá con mucha mayor eficacia. Otro ejemplo, Venus (formalmente femenina por sí misma) influye más eficaz y felizmente desde Tauro, aunque desde Libra (signo masculino) produce mucha mayor humedad. Pues el sexo de los planetas es mucho más íntimo respecto a sus influencias que sus cualidades formales o sus actuales cualidades elementales. Y éstas no son la causa de su sexo formal, aunque ése se conozca por ellas. Y de un planeta en el Domicilio de su propio sexo se afirma propiamente que está en lo que llaman su "gozo", es decir, en el signo en el que parece disfrutar más, como Venus en Tauro, Marte en Aries, Júpiter en

Sagitario, por la razón citada antes. Pero estas cosas se han demostrado una y otra vez con la práctica.

Y de ello consta que Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio ciertamente actúan siempre más eficazmente de forma elemental en su propio Domicilio principal, pero no en cuanto a influencia si el planeta y el signo difieren por el sexo. Pero si el planeta está infortunado por exilio o caída en el signo que ocupa, al menos influirá de forma más afortunada si hay compatibilidad en cuanto al sexo, pero si hay discrepancia, lo hará de manera más perjudicial. Así Saturno es más afortunado en Leo que en Cáncer, Júpiter en Géminis que en Virgo, Marte en Libra que en Tauro, Venus en Escorpio que en Aries. Y, por fin, si el planeta es tan sólo peregrino, siempre le augurarás al menos una influencia más afortunada según su compatibilidad de sexo, aunque a causa de las cualidades elementales algunas veces resulte de otro modo, evidentemente, cuando el signo y el planeta a la vez se excedan en alguna cualidad elemental. Como Venus en Cáncer, por la humedad; Marte en Virgo, por la sequedad etc.

En tercer lugar afirmo que no hay que pronunciarse acerca de la felicidad o infelicidad de la influencia por la compatibilidad o incompatibilidad de sexo entre el planeta y el signo que ocupa, a no ser que se tenga en cuenta el sexo del hombre de quien es el tema, y el regente del signo, obviamente, si es amigo o enemigo del citado planeta, o benéfico o maléfico por sí mismo. Pues es malo en un tema de mujer que todos los planetas masculinos estén en signos masculinos, pues ella será como un hombre. Y, del mismo modo, es perjudicial que Venus esté en los Domicilios de Saturno y Marte, pues de allí nacen unas tendencias nocivas y vergonzosas a la lujuria, a no ser que se corrijan con otros factores, evidentemente, el libre albedrío racional.

CAPÍTULO VII

De la fortaleza extrínseca de los planetas por su recepción en los signos del zodiaco.

De todo planeta fuera de su propio Domicilio se dice que está recibido por otro, obviamente, por Domicilio, exaltación o trígono (triplicidad). Por ejemplo, si Júpiter estuviera en Libra se diría que está recibido por Domicilio por Venus; por exaltación, por Saturno y por trígono por Venus, Saturno y Mercurio.

Pero hay recepción por presencia y por ausencia. Por presencia es cuando el planeta que recibe está en el mismo signo que el recibido. Por ejemplo: si estuviera Venus en Libra con Júpiter. Por ausencia es cuando el que recibe y el que es recibido están en signos diferentes. Pero en ambas situaciones, conviene fijarse sobre todo en si el planeta es recibido por uno amigo o enemigo; si es recibido en signos compatibles con él por exaltación o trígono, o en los contrarios. Pues si la Luna en Cáncer recibe a Júpiter, amigo suyo y exaltado en Cáncer, será una recepción por presencia excelente y muy eficaz.

Pero si Marte en Escorpio recibe a Venus, será tan mala la recepción que pervertirá mucho la influencia de Venus.

Además, la recepción por ausencia es mutua o no. Es mutua si Júpiter en alguna de sus dignidades recibe a Venus, y ella, recíprocamente, lo recibe a él, lo cual puede suceder de dos maneras:

- Primero: si se reciben mutuamente en dignidades semejantes, como que lo hagan uno y otro por domicilio, o uno y otro por exaltación. Como, por ejemplo, si estuviera Júpiter en Libra y Venus en Sagitario. Y esa recepción es la más fuerte de todas, *per se*, para beneficiar o perjudicar. Y, de buen seguro, será para beneficiar si ninguno de los planetas está infortunado por el exilio o caída en el signo que ocupa, sino que, al contrario, al menos uno de ellos está afortunado en su Domicilio o exaltación. Por ejemplo: si Marte estuviera en Leo y el Sol en Aries, donde se exalta, y por eso en tal recepción Marte es muy poderoso; o si la Luna estuviera en Piscis y Júpiter en Cáncer, donde también se exalta. Pero sería para perjudicar si ambos planetas estuvieran afligidos en el signo que ocuparan por exilio o caída. Si, por ejemplo, el Sol estuviera en Acuario y Saturno en Leo; o el Sol en Libra y Saturno en Aries; o Marte en Cáncer y Júpiter en Capricornio. De esas recepciones mutuas se reconocen fácilmente las de mucha fuerza y las otras, las de mediana fuerza (evidentemente aquellas en las que o ningún planeta está afortunado o infortunado en el signo que ocupa, o tan sólo uno de los dos).

- En segundo lugar, hay recepción mutua si los planetas se reciben mutuamente desde dignidades distintas. Si, por ejemplo, Júpiter recibiera a Venus por Domicilio, pero ella lo recibiera a él por exaltación o trígono. Y esa recepción es mucho más débil que la anterior. También será benéfica o maléfica, en la medida en que ambos planetas recibidos, o al menos uno de ellos, esté bien o mal situado en cuanto a Domicilio, exaltación o los contrarios de éstos.

Por fin, toda recepción por ausencia es con un aspecto de los planetas recibidos bueno, malo o sin aspecto. Y con un benéfico, es por ello benéfica; con un maléfico, maléfica; sin aspecto, ninguna de las dos cosas. Por lo cual, el Sol situado en Aries y Marte en Leo -o la Luna en Piscis y Júpiter en Cáncer-, con aspecto de trígono, resultará una recepción excelente y benéfica. Pero el Sol en Acuario y Saturno en Leo -o Marte en Cáncer y Júpiter en Capricornio-, con aspecto de oposición, será una recepción infeliz y pésima.

Se puede decir que estando Saturno en Leo opuesto al Sol en Acuario, al mezclar su influencia respecto a nosotros con la oposición del Sol (y esto, en la medida en que está en Leo), el estado del Sol se infortuna por ello menos que si estuviera Saturno en Cáncer y el Sol en Capricornio. Y por eso aquella oposición disminuye la maldad de la oposición con la recepción mutua. Y se puede hacer el mismo razonamiento acerca de la oposición del Sol en Libra y Saturno en Aries, y, por ende de la cuadratura de Marte en Cáncer y la Luna en Aries. Pero se puede responder que Saturno no actúa contra el Sol,

sino contra nosotros y la influencia de Saturno en Leo es pésima respecto a nosotros, como la del Sol en Acuario, pero como se les añade la oposición del Sol y de Saturno (que también es mala respecto a nosotros), por ello más bien se aumenta que se merma la malignidad de la influencia. En cambio, Mercurio situado en Piscis y Júpiter en Géminis con aspecto de cuadratura será una recepción de mediana virtud e infelicidad, pero Marte ubicado en Tauro y la Luna en Capricornio con aspecto de trígono resultará una recepción de mediana virtud y felicidad. A partir de esos ejemplos, es fácil ya hacer un juicio de los demás y distinguir qué planeta de los recibidos es más fuerte para beneficiar o perjudicar. En verdad que en ello reside una parte no mediocre de la ciencia de los juicios.

Alguno dirá que esto es contrario a la enseñanza de los antiguos, que, es cierto, querían que toda recepción -al menos por Domicilio o exaltación- fuera benéfica, y esto se va a tratar de probarlo con varios temas: como el del ilustrísimo Francisco de Bonne, condestable de Francia, que tuvo a Marte en Tauro como dispositor del Sol, y Venus en Aries como dispositora de la Parte de Fortuna: éste fue siempre muy afortunado en las guerras y alcanzó paso a paso el mayor honor en la milicia, lo cual no dejaría de atribuir ninguno de los astrólogos vulgares a la mutua recepción de Venus y Marte por Domicilio, aunque ambos planetas estén exiliados y sin aspecto de su dispositor.

Y, sin embargo, no es menos cierta la doctrina que hemos expuesto, pero falsa la vulgar. Y no la contradice el ejemplo propuesto, pues la felicidad de aquel hombre en las guerras y su promoción a la mayor dignidad tuvo otras causas que aquella recepción mutua entre Venus y Marte.

NOTA: Para entender la siguiente carta, hay que aclarar que la Casa I tiene la cúspide en Géminis y cubre parte de Cáncer; la VII tiene la cúspide en Sagitario y abarca parte de Capricornio; la X está en Piscis; el Sol y Venus en Aries; la Luna en Piscis; Marte y Mercurio en Tauro, Júpiter en Libra y Saturno, por lo que deduzco, en Escorpio.

Pues, primero, Mercurio, regente del Ascendente, estaba en Tauro, sitiado por Venus y Marte, lo cual significa una feliz propensión hacia las armas, sobre todo porque Marte gobierna por exaltación a la séptima (*Nota: la VII está en sagitario y Capricornio. Marte se exalta en Capricornio*), significando tanto una singular prudencia en las armas, como honores militares por ser Marte dispositor del Sol. Segundo, el Sol estaba exaltado en la undécima, y conjunto a Venus, lo cual indica reyes amigos y benefactores. Tercero, la Luna, regente de la I (*Nota: Cabe entender "segundo regente", pues, al parecer, la Casa I abarca Géminis y Cáncer*) estaba en la décima bajo el dominio de Júpiter, regente también de la cúspide de la VII (*Nota: primer regente*), que es la Casa de las guerras, aplicando mutuamente y casi partilmente a Saturno, regente de la séptima (*Nota: segundo regente*) en Domicilio de Marte. Estas condiciones auguraban un nacido que había de ser elevado a causa de las guerras a los mayores honores

militares, y el feliz éxito de sus empresas bélicas a causa del propio Júpiter, regente de la séptima y décima Casa, en domicilio de Venus y con una oposición partil a ésta, que por exaltación gobierna el Mediocielo y está conjunta al Sol exaltado en la undécima. Y éstas son las auténticas, válidas y numerosas causas de la insigne fortuna que alcanzó dicho nativo.

Pero aquella recepción mutua de Venus y Marte (regentes de la quinta y undécima), en la undécima, con Mercurio (regente del Ascendente), y sus oposiciones a Saturno y Júpiter (regentes de la séptima, que también es la del cónyuge), era una fuerte determinación de propensión a los placeres sexuales y a los matrimonios desiguales a causa de ambos planetas en su exilio, y de Júpiter y Saturno también en los Domicilios de Venus y Marte en la quinta, y fueron tales cosas manifiestas y famosas a causa del Sol con Venus en la oposición a Júpiter. Así pues, esas recepciones mutuas infaustas han de distinguirse de las causas de la fortuna, con las cuales a menudo se encuentran mezcladas, para que no se les atribuya los hechos afortunados que no les corresponden.

Y la verdad de la doctrina que hemos expuestos se demuestra por el mayó número imaginable de temas natales. Pues conocí a tres nobles mujeres, en el tema de la primera de las cuales, el Sol y la Luna eran regentes de la primera, y la Luna se hallaba en Tauro con Marte, en la undécima; el Sol, por su parte, en Escorpio, en la quinta, con Venus, y es difícil decir cuánto apetito de lujuria la consumía a causa de esa recepción mutua de Venus y Marte en los signos donde uno y otro planeta están exiliados, y en aquellas casas del tema, y con las luminares dominando por regencia a la primera. En el tema de la segunda, Júpiter estaba en la séptima y en Géminis; Mercurio, por su parte, en la tercera y en Piscis. Se casó dos veces, desgraciadamente, y tuvo peleas con uno y otro. En la carta de la tercera, Venus era regente del Ascendente, en Aries y en la duodécima; Marte a su vez era regente de la duodécima y estaba en Tauro, en la primera. Esa configuración le ocasionó muchas enfermedades. Pero, ¿quién diría ya que aquellas recepciones fueron benéficas?

Volviendo de nuevo al tema del nobilísimo señor Joan de Giam D. De Rispe, Venus, regente del Mediocielo estaba en Aries con el Sol, regente del Ascendente; y Marte en Tauro, en sextil con la Luna y Júpiter, y también en trígono partil a Saturno (regente de la séptima, que es la de las guerras), de tal modo pues que debería de haber sido afortunado en las empresas y acciones bélicas, según una vulgar interpretación astrológica. Sin embargo, fue infeliz en la guerra y por fin murió miserablemente en un combate, herido en la cabeza por un proyectil encendido, por lo que falleció enseguida: tenía a Marte con Caput Algol en cuadratura partil al Ascendente y Saturno (regente de la séptima) opuesto a la Luna y cuadrado al Sol, regente del Ascendente y no le resultaron de provecho alguno las condiciones citadas antes, ni siquiera Júpiter en Piscis en la octava.

Otro ejemplo: en el tema de De Hayes, Júpiter estaba en el séptimo grado de Géminis, en la octava, con Marte (regente del Ascendente), pero Mercurio en Piscis y en la cuarta; y la Luna en la séptima, con la Cabeza de Medusa y las Pléyades, cuadrada al Sol, (regente del Fondo del Cielo, exiliado en la cuarta): éste fue decapitado por orden del rey y no le valió la mutua recepción de Mercurio y Júpiter en la octava, porque ambos estaban exiliados y con una cuadratura mutua entre ellos.

No se necesitan aquí muchos más ejemplos: el que esté atento se los encontrará por doquier en otras partes. Pero la razón es de la doctrina que hemos expuesto, porque Venus en Aries tiene una influencia maligna y Marte en Tauro también es nefasto; o Venus en Escorpio y Marte en Tauro, con un aspecto además de oposición. Así pues, una vez combinada la influencia total de ello, aquella no puede ser beneficiosa para el nativo que la recibe. Se dirá, quizás, que lo mismo sería si Marte estuviera en Aries o Escorpio y Venus en Tauro, pero esto es falso, pues según los principios de la astrología (a los que nos supedita la experiencia), Venus en Tauro tiene un efecto y otro distinto en Aries o Escorpio; y lo mismo Marte. Y una cosa es una dirección del Mediocielo hacia Venus en Tauro, y otra hacia Venus en Escorpio, pues esta dirección difícilmente dará algo bueno, pero la otra, mucho, por lo que consta por experiencia. Así pues en las recepciones mutuas de los planetas hay que tener en cuenta cuidadosamente lo dicho anteriormente.

CAPÍTULO VIII

Sobre la fortaleza extrínseca de los planetas por su posición respecto al Sol y la Luna.

Ptolomeo, en los juicios de los astros, da por doquier una tremenda, incluso capital, importancia al Sol y la Luna, y a la posición de los otros planetas respecto a dichas luminarias. Y piensa que el Sol y la Luna son las causas universales de todos los efectos sublunares y por ello, al principio del capítulo 7 del libro 2, dice: “Pues el Sol y la Luna son los gobernadores de las otras estrellas y las principales causas de las cosas, e imperan sobre los dominios de las estrellas y confirman o debilitan las fuerzas de dichos regentes”. Y esto no parece que se haya dicho sin razón: pues, ciertamente, de entre los planetas, tan sólo el Sol y la Luna están ordenados alrededor de la Tierra, pero los demás lo están alrededor del Sol, que es el único al que observan en sus movimientos -como también a la propia Luna-, el cual, con su acceso al cenit anual incita y estimula para la generación el calor innato de cualquier simiente mineral, vegetal o animal, como se ve claramente en la primavera en las plantas y animales. Por lo que el Sol, fuente de calor, y la Luna, fuente del humor, son llamados por muchos “padre” y “madre” de todos los nacidos en este mundo inferior.

Pero Ptolomeo no expuso por qué razón el Sol y la Luna serían gobernadores de los otros planetas y regirían sus dominios, ni tampoco lo hizo el propio Cardano en su Comentario. Y no creo que se pueda

exponer de otro modo que diciendo que el Sol, nudo del sistema de los otros cinco planetas, por su movimiento alrededor de la tierra los reporta bajo los signos del zodiaco (*Nota: Entiendo que quiere decir que se miden las posiciones de los planetas respecto a la eclíptica solar*). Pero, cuando se los reporta, cualquier planeta o precede al Sol -y se le llama *oriental*-, o le sigue -y se le denomina *occidental*-. Y sería en el interim directo, retrógrado o estacionario. Pero por ello su virtud activa respecto a nosotros remite, se intensifica o se modifica de alguna manera. Y esto también se puede decir de la Luna, a la cual Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio se vuelven también orientales u occidentales.

Puesto que el Sol y la Luna son los más poderosos de los planetas (al menos respecto a la Tierra), ordenados y libres (o *sueños*) alrededor de la Tierra a la que tienen como única referencia, pero los otros planetas -Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio- están atados al Sol, y como sus sirvientes y satélites giran en primer lugar alrededor del mismo, la naturaleza nos incita por ello a atender cuidadosamente cuál sería sobre todo el estado celeste del Sol y la Luna en cualquier tema y cómo se encuentran los restantes planetas respecto al Sol, su líder (o, más aún, su rey), por posición, regencia y conexión por conjunción o aspecto. Y también respecto a la Luna, cónyuge del Sol y su sustituta en este mundo sublunar. Y es cierto que por ello las influencias de dichos cinco planetas llegarán a ser más eficaces o débiles, más felices o infelices.

Pero aquí tan sólo nos hemos propuesto exponer qué hará su posición respecto al Sol y añadirle cuánta fuerza o debilidad recibirán de ello. Pues Cardano (en el Comentario, en el texto 14, capítulo 3, libro 2 de las Cuadruplicidades) opina que las estrellas orientales tienen tan diversos valores de cuando están ellas mismas occidentales que es como si no fuesen un solo planeta, sino dos completamente diferentes. Pero eso es falso, porque en ambos estados el planeta actúa según su propia naturaleza, aunque de diferente modo. Pues la naturaleza es única e inmutable, pero los modos o estados son diversos. Pero veamos cuánta fuerza gana el propio planeta por su posición respecto al Sol.

Además, se puede indagar esto según la naturaleza elemental de dichos planetas o según su influencia. De la naturaleza elemental ya hemos hablado en el libro 3, sección 1, capítulo 3. Pero acerca de la influencia hemos de oír a Ptolomeo. Éste (en el libro 3, capítulo 16), al tratar de la forma del cuerpo dice que todos los planetas orientales al Sol tienen una forma corporal más noble y perfecta que los occidentales. Lo cual se puede adaptar de modo general a otras buenas cosas que le suceden al hombre y afirmar que los planetas orientales al Sol hacen todas las cosas más ilustres y más notables que los occidentales. Pero sobre todo cuando emergen de los rayos solares.

Nota: Es correcto para los planetas superiores, que van más lentos que el Sol en el Zodíaco. Éste los sobrepasa, y a los días son visibles al

amanecer. Ahí tienen su máxima fuerza, en el momento de la primera aparición a la vista, para la astrología antigua. Para los planetas inferiores la primera aparición en la aurora se produce tras la conjunción inferior, retrogradando: de luceros vespertinos pasan a matutinos.

Pero luego Ptolomeo, haciendo distinciones más específicas en el mismo tema, comenta que los planetas en general, cuando preceden al Sol por la mañana y se ven (es decir, en su orto matutino), son grandes. En su primera estación, robustos y fuertes. Cuando se vuelven retrógrados, no están conformados con una proporción adecuada. En su segunda estación, son más débiles; y cuando caen o se ponen bajo los rayos del Sol, carentes de dignidad y llenos de defectos, es decir, muestran cuerpos deformes y dañados.

Pero, en el capítulo 18, al tratar de las cualidades del alma, dice que las posiciones de los planetas orientales al Sol (esto es, su orto matutino), sobre todo en el Ascendente, significan temperamentos liberales, sencillos, complacidos consigo mismos, fuertes, ingeniosos, rápidos y abiertos. Pero las estaciones matutinas, es decir, las primeras, y en el Mediocielo, los hacen magnánimos, firmes, robustos, perseverantes, cumplidores de aquello que emprenden, reflexivos, prudentes, circunspectos y que difícilmente decepcionan. Los ortos vespertinos de los planetas, sobre todo en la Casa VII, significan temperamentos inestables, débiles, con poca resistencia para el trabajo, que conciben súbitos afectos, litigiosos y ansiosos de cónyuges. Y, por fin, los vespertinos o segundas estaciones, sobre todo en el Fondo del Cielo, y Mercurio y Venus vespertinos del ocaso de día, pero matutinos de la noche, significan temperamentos ingeniosos, resistentes para el trabajo, que observan las cosas arcanas, Magos, Prestidigitadores, intérpretes de sueños y similares.

Nota: este pasaje me resulta personalmente algo críptico y entiendo que Morin utiliza las palabras “matutino” y “vespertino” con un significado especial. Por ejemplo “Mercurio y Venus vespertinos del ocaso de día, pero matutinos de la noche” quiere decir que, al estar en IV, si los miramos comparándolos con el día, están abajo, por tanto son, en cierto modo “nocturnos”, pero, si los comparamos con la noche, como serán de los primeros a los que llegue el ASC., emergerán bastante pronto en el horizonte. Ya sé que no es muy ortodoxo, pero no le encuentro otra explicación.

En el capítulo 19, al diferenciar las enfermedades del alma, cerca del final, demuestra qué posiciones de los planetas respecto al Sol son las más congruentes con algunos de los defectos del alma, cuando dice que las posiciones de Venus y Marte orientales al Sol y matutinos llevan a la audacia y desvergüenza a la hora de ejercer los placeres carnales, lo cual has de entender si Venus o Marte estuvieran en la primera, quinta o undécima, o rigieran alguna de dichas Casas. Ciertamente tal posición no conviene para ocultar, sino para propalar las cosas y efectos de los planetas, cosa que contrariaría su ocaso vespertinos.

Nota: Supongo que aquí “oriental” o “matutino” significa solamente “que sale antes que el Sol”, y no se refiere al amanecer o al ocaso del Sol, a menos que lo explicita, pues, de lo contrario, este pasaje no se explicaría ya que al amanecer Venus no puede nunca estar en la V.

Por su parte, los astrólogos atribuyen 2 grados de fortaleza a los planetas orientales al Sol y a los occidentales, 2 grados de debilidad. Opinan lo contrario de la Luna. Y esto siempre has de entenderlo como que es para beneficiar o perjudicar según la naturaleza del planeta y su restante estado. De ello queda claro cómo, cuánto y en qué se fortalecen los planetas extrínsecamente según su posición respecto al Sol y la Luna y que la orientalidad de los maléficos y no de los benéficos es siempre afortunada.

Por lo demás, cualquier planeta menor precediendo al Sol y no distando de él seis signos es llamado *oriental* al Sol. Pero cuando le sigue a la misma distancia, *occidental*. De la Luna di lo contrario de lo que dijiste respecto al Sol por lo que a posición oriental u occidental se refiere.

CAPÍTULO IX

De la fortaleza extrínseca de los planetas por su movimiento.

Todos los planetas, cuando se mueven en sus órbitas, se vuelven de movimiento veloz, lento o medio. Y además, Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, pueden ser directos o retrógrados. Veloces indican la celeridad de las costumbres, acciones o efectos de cualquiera de los significadores; lentos, su lentitud; medianos, su estado intermedio. Pero, además, directos presagian la continuación y progresión de los efectos; retrógrados, su interrupción o incumplimiento; estacionarios, su lentitud, pero firmeza y duración. Y las razones de estas cosas hay que buscarlas únicamente en la analogía. Pero de ello se desprende también la mayor o menor fortaleza y felicidad de los planetas o sus contrarios. Pues un benéfico por naturaleza o significación, si fuera veloz y directo se volvería tanto más fuerte y afortunado. Pero lento y retrógrado será tanto más débil y menos feliz. Pero un maléfico por naturaleza y significación se comporta de modo contrario. Hay que prestar atención además en los estacionamientos, si le sucede un retroceso, como en la primera estación, o si el planeta se va a poner directo, como en la segunda.

Por lo que consta que conviene fijarse tanto en la naturaleza y cualidad del planeta como en la del efecto significado, y no hay que pronunciarse indiscriminadamente.

CAPÍTULO X

De la fortaleza extrínseca de los planetas por la elevación o mayor altura de uno sobre los otros.

Si se compara respectivamente dos planetas, los astrólogos antiguos solían decir que uno de ellos será más fuerte que el otro por la mayor altura o elevación de éste sobre el otro, elevación que se puede considerar de muchas maneras:

-Primero, respecto al centro de la Tierra, o del Mundo: cuando los planetas en sus órbitas, llegan ora a su apogeo (es decir, su mayor distancia del centro de la Tierra), ora a su perigeo (o mayor cercanía al centro de la Tierra) los astrólogos antiguos quieren que ese planeta que está en su apogeo o asciende hacia el mismo por encima de su distancia media de la Tierra destaque sobre aquel que se halla en su perigeo, o desciende hacia el mismo, y de allí que lo supere tanto en fuerza que Ptolomeo (en el aforismo 63 del Centiloquio) mandaba que en las conjunciones de los planetas había que pronunciarse sobre el efecto de la conjunción según la naturaleza del planeta más alto. Se pueden aducir dos explicaciones de porqué prefería al más elevado en su órbita al otro, superior por posición: la primera, por analogía, pues igual que los que son elevados al favor del rey, se vuelven más poderosos que los antiguos magnates de la corte, y a menudo que los príncipes de estirpe real, así los planetas cuando son sacados de la dirección del primer movible, es decir, la primera causa física a la cual están subordinados en su actuación, aumentan sus fuerzas. La segunda, porque la virtud influencial de los planetas, que es celeste e inherente a la materia celeste de la que están hechos, se vuelve entonces más próxima al cielo. Y por ello al menos su fuerza influencial se refuerza e intensifica, superando incluso la fuerza de un planeta superior por posición, a causa de la distancia del primer movible proporcionada a la posición de cada uno por naturaleza. Por el contrario, remite cuando vuelven a su perigeo.

-Segundo: respecto del vértex o cenit. Y así, de un planeta situado en el meridiano, sobre el horizonte, o ascendiendo al mismo desde el ascendente, se dice que sobresale sobre otro que estuviera o en el Fondo del Cielo o descendiera hacia el mismo, sobre todo al ocaso. Y si la distancia de uno y otro del meridiano sobre la Tierra (Nota: el Mediocielo) fuera la misma, se prefiere al que está más alto sobre el horizonte (Nota: Ascendente), al menos por lo que se refiere a las fuerzas elementales, para definir la presente temperatura del aire o de los nacidos, porque, obviamente, las fuerzas elementales se extienden sobre el horizonte (Nota: Ascendente) por rayos más rectos. Pero estando ambos igualmente elevados, prevalecerá el ascendente sobre el descendente. Pero, por lo que atañe a las influencias, esto entraña una pequeña dificultad: tanto porque los planetas bajo Tierra (Nota: se supone que se refiere al “ángulo de bajo tierra”, es decir, la IV) tienen una influencia más fuerte, como se ha dicho en otro lugar, como porque Saturno y Júpiter desde sus Domicilios en el Ascendente, aunque muy inclinados respecto a nosotros, influyen más poderosamente según su propia naturaleza que desde sus opuestos aunque tengan la mayor elevación. Es más, cualquier planeta en el Ascendente influye mucho más eficazmente sobre el cuerpo y alma del nativo que en el Mediocielo, pues la fuerza de la influencia no se mide por la perpendicularidad de los rayos, como se ha dicho en otro lugar.

-Tercero, respecto a la declinación. Y así, de dos planetas, el que sea más boreal se considera más elevado que el menos boreal, en la parte boreal del Mundo. Y cuando ambos fueran igualmente boreales el que se dirige a la declinación boreal supera al que se dirige a la austral. Y si ambos si dirigen a la boreal, se prefiere al más veloz antes que al más lento, al menos en lo que se refiere a las cualidades elementales, y en el hemisferio norte.

-Cuarto, respecto a la latitud. Pues, en general, cuanto más cercano a la eclíptica esté un planeta tanto más acrecienta su fuerza o supera en virtud a otro más lejano por lo que a la influencia se refiere, pues ciertamente la eclíptica, que es la vía del Sol, príncipe de los planetas, es también el círculo más eficaz de todo el primer movible.

-Quinto, respecto a los signos del zodiaco. Pues un planeta en su Domicilio o exaltación sobresale en poder sobre otro ubicado en su exilio o caída, o también sobre un planeta peregrino. Así Saturno en Acuario está por encima de Júpiter en Virgo o en Tauro. Y si Júpiter estuviera en Capricornio, entonces Saturno cobraría allí muchas más fuerzas, obviamente porque dominaría a Júpiter y porque Júpiter está en su caída en Capricornio. Pues todo planeta en su propio Domicilio o exaltación está elevado por encima de otro del que es dispositor. Está claro que de todo planeta más fuerte que otro y que ejerce la regencia sobre la posición de éste, se dice que destaca en fuerza por encima de aquél. Y este modo es el más poderoso de todos.

-Sexto, por sus aspectos, pues un planeta sobresale sobre otro cuando lo afecta por aspecto de cuadratura o por su antisicio, y está a su derecha, o cuando lo gobierna.

-Séptimo, por fin, por las Casas de la figura celeste. Y así un planeta que esté en ángulo es más fuerte que otro situado en una Casa sucedente o cadente. Y el que se halle en un ángulo más noble aventaja también al que estuviera en uno menos noble. Y, de nuevo, de dos planetas colocados en el mismo espacio, el más cercano a la cúspide actuará de forma más eficaz que sus otros iguales en los asuntos esenciales de dicha Casa. Pero trataremos con más detalle estos temas más adelante.

Además, cuantas más de esas modalidades citadas arriba le incumban a un planeta, tanto más se dice que sobresale sobre otro. Y no hay que considerar tan sólo tal aumento de virtud en un planeta considerándolo relativamente respecto a otro, sino también de forma absoluta, para que quede claro cuánta fuerza tiene por semejantes causas extrínsecas.

CAPÍTULO XI

De la fortaleza extrínseca de los planetas por su condición diurna o nocturna.

Como los planetas son de doble naturaleza, masculinos y femeninos (evidentemente, formalmente o intrínsecamente por un lado, y accidentalmente o extrínsecamente por otro), también son por su doble naturaleza diurnos y nocturnos, es decir, intrínsecamente y extrínsecamente. Pero aquí es cuestión sobre todo de la naturaleza extrínseca o accidental del planeta por su posición sobre o debajo del horizonte, de día y de noche. De en qué y cómo se fortalece el planeta por ello, se trató con detalle en el libro 13, al cual, por consiguiente, hemos de remitir al lector.

CAPÍTULO XII

De la fortaleza extrínseca de los planetas por sus aspectos mutuos.

En los capítulos anteriores se ha expuesto cómo y cuánto se refuerzan los planetas extrínsecamente por su estado celeste, ya que los consideramos como si estuvieran ferales y solitarios, es decir, sin conexión entre ellos por conjunción o aspecto alguno. Pero, puesto que es muy frecuente la conexión entre éstos, de allí se origina una grandísima variación de su forma de actuar, pues dijimos en el capítulo 10 del libro 16 que los aspectos son benéficos los unos y maléficos los otros, por lo que el influjo propio de los planetas relacionados por aspecto se refuerza o debilita, se afortuna o infortuna. Por eso ya sólo nos queda por decir cómo y cuánta fortaleza o debilidad adquieren extrínsecamente dichos planetas por sus aspectos mutuos entre ellos, para que se sepa por fin la fuerza de su estado celeste completo en lo que puede captar el intelecto humano, que no puede definir cada cosa con total exactitud y piensa que mucho ha sobresalido en tan sublime ciencia si habla conforme a las experiencias y la razón. Pero esta fortaleza por los aspectos, hasta ahora era conocida por todos los astrólogos de forma confusa, pero con claridad, por ninguno, según consta por las vulgares tablas de fortalezas de los autores: Orígano, por ejemplo, en la tercera parte de la Introducción, p. 140, cuando da 5 grados de infortunio a la conjunción partil de Saturno y Marte; 4 a su oposición partil y 3 a su cuadratura partil. Pero da 5 grados de fortuna a la conjunción partil de Júpiter y Venus; 4 al trígono partil con Júpiter o Venus y 3 al sextil partil. Y esto indiscriminadamente, sea cual sea y cuanto sea el estado benéfico o maléfico de dichos planetas y sin aducir ninguna razón de esa distribución. Por lo cual estas cosas, de suma importancia en astrología, las hemos de explicar de manera más específica y las debemos apoyar en razones físicas, como sigue:

Así pues, primero, antes de emitir un juicio sobre cualquier aspecto partil o plático -si fortalece o debilita extrínsecamente y cuánto- hay que mirar, según el capítulo 14 del libro 16, si el planeta está realmente conjunto a otro partil o pláticamente, o sin aspecto alguno. Obviamente, para no fortalecer o debilitar falsamente a un planeta o hacerlo de más.

Segundo, adviértase en general que la conjunción es indiferente por sí misma. Evidentemente, la de un planeta benéfico es *benéfica per se*, y la de un maléfico, maléfica. En cambio, el trígono, el sextil y el semisextil son benéficos por sí mismos; pero la oposición, cuadratura y quincuncio, maléficos. Mas la oposición y cuadratura de un planeta benéfico por sí mismo no perjudican, a no ser tan sólo por accidente, (evidentemente, si el propio benéfico está infortunado extrínsecamente). Y, del mismo modo, un trígono, sextil y semisextil de un maléfico no ayudan por sí mismos, sino tan sólo por accidente (obviamente, si dicho maléfico está afortunado extrínsecamente). Así pues, los buenos aspectos nada malo dan *per se*; y los malos nada bueno por sí mismos. Y si sucede al contrario, esto será o por la naturaleza del planeta, o por su estado, o por ambas cosas.

Tercero, en cualquier aspecto, aparte de su naturaleza, hay que valorar atentamente las 6 condiciones siguientes:

1-La naturaleza del planeta que aspecta, pues un trígono de un planeta benéfico por naturaleza es más afortunado que el trígono de un maléfico. Y una cuadratura de un maléfico, es peor que la de un benéfico.

2- El signo en el cual se halla dicho planeta, pues los aspectos benéficos de un planeta que recorre su propio Domicilio o exaltación son más afortunados, y los malos aspectos de un planeta en su exilio o caída, son más infortunados.

3-La Casa de la figura que ocupa aquél, pues un aspecto desde un ángulo es más poderoso para bien o para mal, según la naturaleza del aspecto. Y desde una Casa mala, como la duodécima o la octava, es peor, sobre todo procedente de un maléfico *per se*.

4-El signo en el cual cae el aspecto, pues una cuadratura de Saturno cayendo en Leo, exilio de Saturno, es peor que cayendo en Tauro; y un trígono de Júpiter cayendo en Cáncer, más feliz que un trígono cayendo en Escorpio.

5-Si dicho planeta está conjunto a otro, pues conjunto a un benéfico, influirá de modo más feliz con sus buenos aspectos; y conjunto a un maléfico, influirá de manera más infeliz por sus malos aspectos. Pues así es ayudado en su buena o mala influencia, lo cual cabe entender también de la conjunción con las estrellas fijas.

6-La regencia en la figura del planeta aspectante, pues el regente del Ascendente, conjunto, cuadrado u opuesto a un planeta maléfico por naturaleza o por su estado celeste o terrestre, anuncia un daño para la vida; el regente del Mediocielo combusto por un Sol exiliado o en caída infortuna las acciones y honores. Y así para los demás.

Por fin, adviértase que, siendo un planeta cualquiera benéfico y maléfico a la vez, o afortunado a la par que infortunado -

evidentemente, por su naturaleza y estado-, su trígono proporcionará el bien tanto menos, con más impureza y dificultad en la misma medida en que dicho planeta esté más infortunado. Pues cuadrado, tanto menos mal da, cuanto más benéfico es el planeta. Y por eso a menudo sucede que los aspectos de trígono de los maléficos por naturaleza, por su estado celeste y determinación, como Saturno en Leo y en la octava, causarían la mayor parte de las veces grandes males. Pero las cuadraturas de los benéficos darían incluso bienes notables sin mal alguno. Evidentemente, si el benéfico no sufre ningún infortunio, no perjudicará con ninguno con sus aspectos, sino que beneficiará con todos. Pero si un maléfico está infortunado de todas maneras, no beneficiará con ninguno de sus aspectos, sino que perjudicará con todos, por la ley de los contrarios. Pero estas y semejantes circunstancias, hay que advertirlas enseguida, para conjeturar al menos confusamente en una primera instancia cuánta será la fortaleza, tanto la bondad como la maldad, de dicho aspecto.

Por lo tanto, una vez expuesto lo anterior, la fortaleza o debilidad intrínseca y extrínseca de cualquier planeta se coligen según los capítulos anteriores, sin tener en cuenta ningún aspecto. Y, por ejemplo, la fortaleza o bondad total de Júpiter sería de 12 grados, pero su debilidad o maldad extrínseca (pues no es intrínsecamente malo), de 8 grados y cabe suponer para ello que estuviera en Capricornio, conjunto a Marte (cuya maldad total es de 10 grados, pero su bondad o fortaleza extrínseca de 7 grados).

Pues es necesario saber que Júpiter fortalece a Marte extrínsecamente (Nota: está hablando de esa supuesta conjunción de Marte y Júpiter en Capricornio), no con toda su fortaleza o bondad, sino tan sólo con la intrínseca, que, según el capítulo 2, es de 8 grados. Pero la razón de ello es porque, cualquiera que sea la condición extrínseca de Júpiter (el signo, la posición respecto al Sol etc.), estas cosas son teóricamente las mismas para Marte que es afectado por idénticas condiciones, por lo cual no se deben duplicar para Marte, sobre todo porque el infortunio de Júpiter por Capricornio es la fortuna de Marte, el cual no puede sufrir por ello ningún detrimento a causa de Júpiter, de lo contrario sería a la par afortunado e infortunado por la misma circunstancia, lo cual no puede suceder. Y por idéntica razón, el infortunio de Júpiter por su conjunción con Marte no le es transmitido a éste por Júpiter, sino que, al contrario, Marte se vuelve más afortunado por su conjunción con Júpiter. Pero, en cambio, Marte infortunará a Júpiter tan sólo con su virtud intrínseca maléfica, que, por lo dicho en el capítulo 2, se sitúa en 6 grados 30. Y así la fortaleza total o bondad de Júpiter será de 12 grados, y su maldad total extrínseca, con una conjunción con Marte, resultará de 14.30. Pero la fortaleza total de Marte será de 19 grados y su maldad de 10.

Pero estas cosas hay que entenderlas de la conjunción partil. Y una vez supuesta ésta, su lugar en el primer movable será afectado, no formalmente -evidentemente-, sino tan sólo determinativamente, por la fortaleza y debilidad total de uno y otro planeta, o su bondad o maldad, como es afectada la naturaleza de uno y otro planeta, según se

expondrá con más detalle en su lugar. Pero si Júpiter y Marte tan sólo están en conjunción plática, Marte participará de aquellos 12 grados de fortaleza intrínseca de Júpiter únicamente de forma proporcional a su distancia de Júpiter, según el semidiámetro del orbe del propio Júpiter, que es de 8 grados, por lo que vimos en el capítulo 13 del libro 16. Por lo cual, si Marte distara 5 grados de Júpiter, se diría, siguiendo la regla áurea, que si 8 grados de semidiámetro corresponden a 12 grados, ¿cuántos equivalen a 5 grados de dicho semidiámetro? Serán 7.30 de fuerza extrínseca por el mismo Marte, siempre y cuando se suponga que la fuerza de Júpiter decrece proporcionalmente desde su centro a la periferia de su orbe. Y así de los demás (Nota: Ha hecho una regla de 3, es decir, 8 dividido por 12 y multiplicado por 5. Aplicará varias veces en los capítulos siguientes la “regla áurea” o regla de 3).

Pero en cuanto a los restantes aspectos propiamente dichos considerados por sí mismos, hay que saber también que un planeta cualquiera, por naturaleza y condición extrínseca benéfico y maléfico a la vez (como Júpiter en Géminis con el Ojo de Tauro y Marte en la octava Casa, o Saturno con Mercurio en Acuario y en la Primera), con cualquier aspecto benéfico suyo transmite toda su bondad interna y externa, incluso la recibida por la conjunción con otro planeta, según la proporción de dicho aspecto -o arco del círculo que le corresponden con la conjunción -o semicírculo que es atribuido a la propia conjunción según el capítulo 4 del libro 16-. Pues ciertamente todos tienen claro que la conjunción, a causa de la presencia del planeta, es más fuerte que el trígono. Así pues, como se encontró anteriormente que la fortaleza total de Marte en su conjunción con Júpiter era de 19 grados y a la conjunción le corresponde el semicírculo, o 6 signos; al trígono, 4; al sextil, 2 y al semisextil 1, si se hace el cálculo partiendo de la conjunción, se diría, por la regla áurea, que si a 6 signos les corresponden 19 grados, ¿cuántos les corresponden a 4 signos por el trígono, a 2 por el sextil y a 1 por el semisextil? Serán 12 grados 40 por el trígono, 5.20 por el sextil y 3.10 por el semisextil. Pero la razón por la cual el planeta transmite con su aspecto benéfico su bondad interna y externa es la siguiente: porque, evidentemente, el trígono de un planeta benéfico es benéfico por sí mismo, por la proporción del trígono respecto a la conjunción, aunque el planeta no esté afortunado extrínsecamente. Así pues, será mucho más benéfico, si el planeta está afortunado extrínsecamente, puesto que por esa misma razón el trígono de un planeta maléfico por accidente se vuelve benéfico, como se ha hecho notar más arriba. Evidentemente, cualquier planeta tanto por su conjunción como por sus aspectos actúa en función de su propia naturaleza, estado y rayos o cualidad del aspecto. En consecuencia, un aspecto benéfico otorgará ambos tipos de bondad (Nota: intrínseca y extrínseca) de su planeta. Y esto, de los aspectos benéficos, se sigue de los malos por lo cuales el planeta dará también toda su maldad intrínseca y extrínseca, es decir, la propia y la sobrevenida por el signo, posición respecto al Sol, conjunción con otro planeta maléfico, Casa etc.

Así pues, el más fuerte de los aspectos maléficos es la oposición a la cual Cardano (en su Comentario, en el texto 45 del libro

3 de las Cuadruplicidades) considera incluso más poderosa para matar que la conjunción, y luego (Nota: después de la oposición) la conjunción y la cuadratura -entiéndase de los maléficos y anaretas-. Y no pensó esto sin razón alguna, ya que la conjunción y la oposición están en la misma línea diametral que *per se* hace igual la fuerza de una y otra para perjudicar. Pero la conjunción da lo bueno que tiene junto con lo malo, y la oposición, el mal puro y simple, de lo que se sigue correctamente que la oposición es peor que la conjunción. Y por eso, como mínimo, no da menos cantidad de influjo maléfico que la propia conjunción. En consecuencia, puesto que Júpiter conjunto a Marte anteriormente resultó infausto en una medida de 14 grados 30, su oposición tendrá otros tantos grados de maldad. Y puesto que, tanto a la conjunción como a la oposición se les atribuye el semicírculo, o 6 signos; a la cuadratura, 3 y al quincuncio, 1, si se hace el cálculo partiendo de la oposición, por la regla áurea se encontrarán, como antes, 7 grados 15 de maldad por la cuadratura y 2.25 por el quincuncio. Y así de los demás. Pero esto también cabe entenderlo de los aspectos partiles, pues en los pláticos hay que hacer lo mismo que enseñamos antes para la conjunción si un astrólogo quisiera por lo menos ser exacto en éstos, cosa que, sin embargo, no me parece necesaria.

Por fin, queda por advertir aquí que en las conjunciones y aspectos de los planetas las aplicaciones son más fuertes que las separaciones. Y los aspectos siniestros valen más que los diestros, al menos entre planetas, pues los siniestros están en la secuencia de los signos, según el propio movimiento de los planetas, pero los diestros les preceden, según el primer movimiento externo del planeta, a no ser tal vez por accidente en los retrógrados. Pero, de los aspectos a las cúspides de las Casas, hacia los cuales los planetas son llevados por su movimiento primario hay que decir lo contrario. Además, hay que tener en cuenta lo explicado en los capítulos 2 y 3, sección 2 del libro 16, para que, basándose en ello, se aumente o mengüe judiciosamente la fuerza de los aspectos que hemos encontrado por lo dicho anteriormente. Mas todo eso, lo dicho anteriormente, es muy necesario para medir y determinar la fuerza de los aspectos, pero, sin embargo, parece que cabe añadir aún lo siguiente:

-Primero: que los planetas benéficos con sus aspectos dan cosas buenas; con los buenos (aspectos), evidentemente, fácil y ampliamente si el planeta estuviera bien dispuesto y en una Casa buena de la figura; con los malos (aspectos), con dificultad. Es más, incluso, con un mal aspecto, dañará cuando tenga una mala disposición celeste o esté en una Casa mala de la figura. Pues entonces el planeta benéfico por naturaleza es superado por la malignidad del aspecto y su mal estado, ya sea celeste, ya sea terrestre, pero más por uno y otro. De los planetas maléficos hay que hacer el juicio contrario. Evidentemente, un planeta completamente benéfico por naturaleza, estado celeste y Casa de la figura, promete bienes insignes, por conjunción y por todos sus aspectos, sobre todo los buenos; el infortunado completamente por naturaleza, estado celeste y Casa de la figura, males notables, por conjunción y por sus

aspectos, sobre todo malos. Pero cuando un planeta está a la vez afortunado e infortunado, da bienes y males, o dificultades y mescolanzas de la suerte, a tenor de los aspectos, en razón de su fortuna o infortunio. Pero la razón por la cual el aspecto de un planeta completamente afortunado -por ejemplo, la oposición- causa el bien es ésta: supóngase una dirección del Mediocielo a la oposición de Júpiter completamente afortunado, ésta no será sin efecto a causa de la fuerza del promisor y del significador. Pero dicho efecto no será malo tanto por la naturaleza de Júpiter como porque está muy afortunado. Por lo tanto, será bueno, pero no sin alguna dificultad por la maldad del aspecto. Pero hay que pensar lo contrario de una dirección del Mediocielo al trígono de Marte muy infortunado.

Segundo: Un planeta o un aspecto benéfico sucediendo a un benéfico lo hará más afortunado si, sobre todo, el aspecto cae en un lugar adecuado de la figura, procedente de un planeta en un lugar igualmente adecuado. Pero un planeta o un aspecto maléfico sucediendo a un maléfico lo hará peor, especialmente si el aspecto cae en un lugar del mismo calibre de la figura procedente de un planeta en una posición igualmente infortunada.

Tercero: En los aspectos mutuos de los planetas hay que observar sobre todo su determinación, pues el regente del Ascendente situado en trígono al regente de la décima se refuerza mucho por ello, sobre todo si éste fuera benéfico y fuerte. Pero puesto en la cuadratura del regente de la duodécima o de la octava, maléfico por naturaleza y mal dispuesto, quedará muy infortunado.

Cuarto: un planeta conectado por conjunción o por el mismo aspecto a otros dos planetas, influye más sobre el más cercano, a no ser que le haga un aspecto separativo; pero, a igual distancia de uno y otro, influye más sobre aquel a quien aplica. Y si ambos estuvieran unidos partilmente, hay que ver cuál de ellos predominaría sobre el lugar del aspectante o es más acorde a su significado, pues éste vencerá.

Quinto: en la medida en que un planeta estuviera más fuerte para hacer el bien o el mal, tanto más fuertes serán también sus aspectos.

Sexto: los aspectos concurren con los antiscios cuando los planetas están al principio, mitad o final de los signos y por ello son más fuertes, como una cuadratura y un antiscio desde la mitad de Leo a la mitad de Tauro.

Séptimo: en la esfera oblicua, la misma Casa de la figura celeste puede recibir dos aspectos del mismo planeta. En ese caso, mira tanto el más cercano a la cúspide y el más fuerte por sí mismo (igual que la cuadratura es más fuerte que el sextil), como el más congruente con los significados de la propia Casa y juzga a tenor de ello.

Octavo: No sólo son eficaces las conjunciones de los planetas con las estrellas fijas de primera importancia, sino también los aspectos de los mismos, al menos los importantes y partiles, pues las estrellas fijas se mueven por su propio movimiento por los signos del zodiaco como los planetas. No sólo los aspectos con las estrellas fijas que hay cerca de la eclíptica, sino también con las alejadas. Pues si, según Ptolomeo, se dice que el Sol está conjunto a una estrella fija si está con ella en el mismo grado de longitud o en el mismo círculo de latitud, aunque disten 60 grados, por lo tanto, a esa distancia, se dirá que también están en aspecto de sextil, y así la conjunción y el sextil se darán a la vez.

Noveno: Según el Comentario de Cardano (en el capítulo 4, libro 4, p. 306), los planetas, si se aspectan desde sus respectivos Domicilios o exaltaciones, significan un efecto insigne, bueno - obviamente- por un aspecto bueno, y malo por uno malo. Pero si sólo uno estuviera en su Domicilio o exaltación, éste prevalecerá sobre el otro. En cambio, si ambos estuvieran en sus respectivos exilios o caídas, serán muy fuertes para un efecto pernicioso, sobre todo por mal aspecto, incapacitados para el bien, incluso por buen aspecto. Pero si solo uno estuviera en su exilio o caída, éste impedirá el efecto del otro. Ambos recibidos en sus respectivas dignidades presagian fuertemente un efecto insigne, bueno o malo, según la recepción fuera buena o mala y fausto o infausto el aspecto de dichos planetas. Pero si sólo uno está recibido por el otro, éste obedecerá al influjo del que recibe, evidentemente, el que manda y prevalece sobre él. Estando ambos recibidos en sus respectivas debilidades, a duras penas producirán algún efecto -por lo menos, feliz y completo-, del mismo modo que se alejan de sus respectivas dignidades y se vuelven contrarios y reacios a hacer algo. Pero si sólo uno está recibido en la debilidad del otro, aquél es obstaculizado por éste. Los planetas aspectándose desde su propia triplicidad significan consenso y acuerdo. En triplicidades diferentes, desacuerdo y contrariedades por ello. Pero estando sólo uno en su triplicidad, cerrará el asunto significado. Si, por fin, ambos estuvieran peregrinos, significa por eso la debilidad de la actuación y la penuria de medios para el fin. Por otra parte, todo planeta que afortuna o infortuna por conjunción y aspectos lo hace por medio de las cosas y personas que representa por su propia naturaleza (según nuestra tabla del gobierno de los planetas) y por su determinación en la figura celeste. Y en ello reside gran parte de la ciencia de los juicios.

Además, la fortaleza celeste de cualquier planeta consiste en lo dicho antes y por ello es universal y común a todo el mundo sublunar. Y cuanto más fuerte sea así un planeta, tanto más eficazmente actuará sobre las cosas sublunares de modo general y particular, en la medida en que esté determinado por su posición o regencia sobre las Casas de la figura. Y hay que advertir que, puesto que la virtud unida es más fuerte que la dispersa, por lo tanto, para las dignidades del nativo, por ejemplo, es mejor un Sol en Aries y en el Mediocielo, y en trígono a Júpiter desde el Ascendente, que el Mediocielo y su regente afortunados separadamente. Pero el planeta puramente feliz por

naturaleza, estado celeste y terrestre, confiere tan sólo cosas buenas, grandes y fácilmente. Pero el puramente infeliz, lo contrario.

CAPÍTULO XIII

De la fortaleza extrínseca de los planetas por su posición en los mismos círculos importantes que otro planeta o un estrella fija illustre.

Los círculos importantes que aquí entendemos son el de la latitud, declinación, posición y paralelo. Cuando dos planetas o un planeta y una estrella fija illustre se encuentran en uno de éstos, se dice que de allí adquieren una fuerza extrínseca, pero sobre todo lo hacen en el mismo paralelo o en el círculo de posición.

La razón de cada una de estas cosas es: puesto que dos planetas en el mismo círculo de latitud tienen el mismo grado de longitud en la eclíptica, cualquiera que sea su latitud septentrional o austral, por ello el Sol y los demás planetas, al cruzar el zodiaco por su propio movimiento, cuando pasen por aquel grado de su longitud, estarán conjuntos al menos por longitud con las posiciones de los citados planetas, que se verán estimulados por ello para sus propios efectos.

Los planetas que se encuentran en el mismo círculo de declinación septentrional o austral, tienen la misma ascensión recta: por eso el Mediocielo se dirige al mismo tiempo a uno y otro. Y en esa dirección un planeta refuerza el efecto del otro si son mutuamente compatibles, como Júpiter y Venus, o Spica y Virgo por lo que atañe a la felicidad de las acciones y dignidades; Marte en Tauro con Caput Algol, por lo peligroso y la acción letal. Pero si fueran contrarios por su significado, se obstaculiza, degrada o destruye lo significado.

Los planetas en el mismo círculo de posición, tienen la misma ascensión oblicua en él: por eso se dirigen al mismo tiempo a cualquier otro significador. Hay que opinar sobre ellos como se ha hecho más arriba por lo que se refiere al consenso o divergencia.

Por fin, los planetas en el mismo paralelo, están en sus antiscios respectivos, y por ello el otro planeta que se dirige a uno de ellos, se dirige simultáneamente al antiscio del otro. Y así se fortalecen mutuamente los propios planetas, o el planeta y la estrella fija illustre a la cual no le compete menos tener un antiscio que a un planeta, por lo menos si su paralelo sigue la eclíptica.

Pero ya es suficiente lo dicho hasta ahora de la fortaleza extrínseca de los planetas por su estado celeste, vamos a tratar ahora de su fuerza sobrevenida por su estado terrestre, o posición en las Casas de la figura.

CAPÍTULO XIV

De la propia fuerza y de la cualidad de las Casas de la figura celeste. También de la fortaleza sobrevenida de los planetas tomada de ellas.

En este capítulo nos toca inquirir la fortaleza propia de cada Casa de la figura celeste (tema acerca del cual los antiguos astrólogos han legado muchas, pero confusas y contradictorias informaciones), ciertamente, para que luego conste cuánta es la fuerza de los planetas en razón de las mismas Casas, pues un planeta cualquiera se dirá fortalecido extrínsecamente por una Casa cualquiera en la medida en que sea la fuerza de dicha Casa. Y se consideran más fuertes que las otras las Casas en las que los planetas actúan más poderosa y notablemente.

Pero ya Ptolomeo (en el último capítulo del libro 1 de las Cuadruplicidades), al hablar de forma general de dichas Casas o espacios, dijo que los planetas en el Mediocielo o su Casa sucedente -evidentemente, la undécima- son los más eficaces; luego, en el horizonte y sus Casas sucedentes -la segunda y octava-, pero sobre todo en el horizonte oriental (Nota: el Ascendente) y su sucedente, la segunda Casa; pero mucho menos en el Fondo del Cielo y su sucedente, la quinta Casa. Pero que, fuera de esos lugares, los planetas están completamente débiles y sin fuerzas. De modo que, según Ptolomeo, los planetas tienen más fuerza en los ángulos de la figura, menos en las Casas sucedentes, pero en las cadentes están totalmente agotados, lo cual es, sin embargo, contrario a la experiencia, porque los planetas en la novena, duodécima e incluso en la sexta producen efectos insignes, según la naturaleza de la Casa, como se prueba en la práctica cotidiana; pero eso se opone incluso a la razón, pues Saturno mal dispuesto en la duodécima debe significar con mucha eficacia, según los elementos, enfermedades, enemigos ocultos y cárceles.

Pero Cardano, en su Comentario, engañado por esa falsa opinión que hemos rechazado en otro lugar -el que los planetas no actúan sobre este mundo inferior con otra cualidad que la luz-, pervierte esta doctrina de Ptolomeo y antepone la Casa undécima como de primera fuerza y pospone la novena a la octava, es más, la cuarta a su cadente, la sexta. Y su principal razón es que en la undécima, nona y sexta, el Sol ilumina y calienta más eficazmente.

Y al final del Comentario (capítulo 12, libro 1) opina de otra forma, de tan poca coherencia que tiene consigo mismo, pues, suponiendo también que los astros actúan por su luz, dispone las Casas en razón de su fuerza en el siguiente orden: 10, 1, 7, 11, 9 etc. y dice que no hay duda de ello, aunque luego, o contradiciéndose a sí mismo y, al menos, arrojando un lazo de confusión, dejada ya de lado esa argumentación de la luz, antepone la primera a la décima, por lo que se refiere a la vida, ánimo y al cuerpo, porque -dice- aquélla es más apropiada. Pero a continuación, pone la duodécima, que antepone a la octava, porque asciende; deja a la segunda por debajo de la octava, porque ésta está en el crepúsculo matutino, y a ésta la sexta, porque está respectivamente en el crepúsculo. Deja de lado las

Casas 3, 4 y 5, como desprovistas de luz, claro; por lo cual, la cuarta, aunque cardinal, sería la más baja de todas tanto en posición como en fuerza. Y eso, el propio Cardano lo afirma al final del libro 1, cuando dice que la cuarta no significa nada por sí misma, es decir, no confiere nada de fuerza, sino que únicamente el planeta, cuando está allí, adquiere grandes fuerzas. En eso se vuelve a contradecir, pues, si la cuarta es mucho menos fuerte que las demás y no supone ninguna fuerza *per se*, en consecuencia, ¿de dónde adquiere el planeta en la cuarta aquellas grandes fuerzas? ¿Y porqué no las recibe igual, e incluso mayores, en la quinta Casa, que, considerada en su totalidad no participa menos del crepúsculo vespertino que la segunda del matutino, pero además está en trígono a la primera? Pero los otros astrólogos filosofaron de otro modo acerca de ese tema, pero también de forma confusa, sin ningún fundamento coherente, como se puede ver en Julio Fírmico Materno, capítulo 19 y 20, libro 2, Orígano, parte 3, p. 433, cuando atribuye a la Casa octava 4 grados de fuerza; a la segunda, tan sólo 3, a la que equipara incluso la quinta; pero a la novena la otorga 2, y a la sexta en cambio, 4. Todo lo cual es completamente ajeno a la razón. Y he querido exponer brevemente estas cosas para que sepan los que vengan después cuan incompleta era también la astrología en ese tema.

Así pues, respecto a la fuerza propia de las Casas a nosotros nos parece que han de mantenerse los siguientes puntos:

-Primero: las cuatro Casas angulares (1, 10, 7 y 4) son más fuertes por sí mismas que las otras, según consta incluso por la experiencia de Juan Franco Ofusio -una persona que odiaba la astrología, citado por nosotros tanto en el capítulo 2 del libro 16, como en la sección segunda, capítulo 1 del libro 17-, y no sin razón, puesto que la división del espacio mundano en las Casas de la figura celeste se hace primero partiendo del horizonte y del meridiano, que cortan la eclíptica o el ecuador en 4 cuadrantes; en segundo lugar, por los círculos de posición trazados por las respectivas secciones del horizonte y del meridiano, dividiendo también la eclíptica o ecuador. Y por eso los puntos de las secciones del horizonte y del meridiano son de primera y principal importancia, igual que por naturaleza lo son. Vulgarmente se llaman “cardinales”, pero yo las llamo “primeras de su triplicidad”, según el capítulo 5, sección 1 del libro 17. Pero las restantes Casas, igual que por naturaleza, son tan sólo de fuerza secundaria y menos importantes. Y, por tanto, para cualquier planeta hay que considerar en qué triplicidad de la figura celeste está, es decir, la de la vida, acciones, unión y pasión, pues si estuviera en una Casa cardinal de alguna triplicidad, será también mucho más fuerte en dicha triplicidad por la Casa.

Segundo: si se comparan los ángulos de la figura celeste en cuanto a fuerza, es absolutamente seguro que el ángulo o punto cardinal de oriente (Nota: el Ascendente) es el más fuerte de todos. Y la razón poderosísima de ello es porque desde allí es más activo el efecto del cielo, evidentemente, la producción de una cosa o persona, o las salidas sobre el horizonte de este mundo, según el capítulo 2,

sección 1 del libro 17. Añade a ello que su fuerza nunca se ve frustrada en su efecto, que el grado ascendente siempre excluye _____ (¿lo nocivo? palabra ilegible) y nunca desfallece a no ser con la muerte o la destrucción de la cosa. En cambio, la fuerza de los otros ángulos (como el Mediocielo para las acciones, honores o maestría; el de occidente para el matrimonio etc.) en mucha gente nunca aparece, en la medida en que permanecen durante todo el transcurso de su vida en el ocio, inactivos, sin destacar, y célibes, o, al menos, se manifiesta sólo durante algún periodo de tiempo y no dura toda la vida del nativo. Pero al Ascendente le sigue el ángulo del Mediocielo, luego el de occidente y por fin el Fondo del cielo.

Tercero: cualquier Casa es la más fuerte de todas en los asuntos que representa esencialmente. Del mismo modo, puesto que las acciones y dignidades son lo significado esencialmente por la décima Casa, ésta será la más fuerte de todas por lo que a dignidades y acciones se refiere. Idénticamente, ya que las enfermedades, cárceles y enemigos son el significado esencial de la duodécima, ésta será la más poderosa de todas en las enfermedades, cárceles y enemigos. Y lo mismo cabe pensar de las demás: evidentemente, la primera Casa o Ascendente en cuestiones como la vida, costumbres, carácter; la segunda, para las riquezas, etc. La razón es porque cualquier significado para el hombre se reporta primero y *per se* a algún único espacio del cual depende para realizarse, bien por el signo o planeta que ocupa tal espacio o Casa, bien por el planeta que rige dicha Casa, bien por los planetas conectados a su regente o aspectando a dicha Casa, en cada uno de los cuales siempre nos sale una referencia primaria a dicha Casa. Pero la propia Casa está configurada de esa manera por aquellas cosas que representa esencialmente, por lo tanto, en ellas será la más poderosa de todas. Y no importa que en la figura haya 4 triplicidades de Casas de la misma naturaleza, como las Casas 1, 9 y 5 por la triplicidad de la vida (Nota: más que como Casas, hay que entenderlo como Casas naturales, es decir: Aries, Leo y Sagitario), pues, aunque las Casas 1, 9 y 5 son de la misma naturaleza genérica, difieren sin embargo por su naturaleza específica y propia. Obviamente, la primera Casa es la de la vida del nativo por sí mismo; la novena, la del nativo en Dios y la quinta, la del nativo en sus hijos. Y cualquiera de éstas en lo que a su significado esencial se refiere, sobresale como más poderosa que las otras. Y lo mismo cabe decir de las demás.

Cuarto: para los restantes espacios, hay que prestar atención a la división del círculo en dos mitades, una ascendente, que abarca los espacios o Casas 3, 2, 1, 12, 11, 10; y otra descendente que es las demás (9, 8, 7, 6, 5, 4). Y hay que tener en cuenta que, tanto de las Casas sucedentes como de las cadentes, si las comparamos entre ellas, la que está sobre la tierra sobrepasa en fuerza a la que está debajo en la misma mitad. Y así de las sucedentes, la undécima está por delante de la segunda; la octava, de la quinta; de las cadentes, la duodécima es más fuerte que la tercera; la novena, que la sexta. Y no hay aquí lugar para dudar de esto, porque, por común acuerdo de los astrólogos y por la verdad del hecho, las Casas subterráneas son más

débiles que sus correspondientes otras Casas subterráneas (Nota: errata probablemente debe de querer decir que son más débiles que sus correspondientes *sobre la tierra*). Y no puede aquí suscitar la duda la primera Casa, en cuya cúspide el Sol amanece y asciende.

Pero, en las mitades diferentes, respecto a las sucedentes y cadentes de sobre la tierra, se prefiere la que tiene una cúspide más elevada a la más baja. Y lo mismo hay que pensar de las subterráneas. Y así, de las sucedentes, la Casa undécima es superior a la octava, la segunda a la quinta, porque la cúspide de la undécima es más alta que la de la octava, y la cúspide de la segunda que la de la quinta. Por la misma razón, de las cadentes, la novena sobresale sobre la duodécima y la sexta sobre la tercera. Y así se confirma perfectamente la anterior opinión de Ptolomeo, la de que los ángulos deben ser preferidos a las Casas sucedentes, y éstas a las cadentes. Y eso demuestra definitivamente la verdad de esa doctrina coherente en todo.

Con esas premisas, puesto que hemos dicho que el ángulo de oriente era el más poderoso, luego el Mediocielo, el ocaso y el Fondo del Cielo y hemos distinguido las 12 Casas, diferentes por su género, por la triplicidad de la misma naturaleza genérica, por lo tanto: a la primera Casa se le dan 6 grados de fortaleza; a la segunda, 3; a la tercera, 0.30; a la cuarta, 4.30; a la quinta, 2.30; a la sexta, 1; a la séptima, 5; a la octava, 3.30; a la novena, 2; a la décima, 5.30; a la undécima, 4; a la duodécima, 1.30, como se ve en la figura que hay al lado. Y la distribución de la fuerza será conforme a lo dicho antes. Y la triplicidad de la vida, base de las demás, es un grado más fuerte que cada una de las restantes. No obstante, ----- (palabra ilegible), en el aforismo 47, dice lo mismo que nosotros de los ángulos, pero, respecto a las demás, antepone la undécima a la segunda, ésta a la quinta, ésta a la novena, ésta a la tercera, ésta a la octava, pero dice que la sexta y la duodécima son las peores. Yerra sin embargo en el orden, como queda claro por lo dicho arriba.

DIBUJO de un tema con las Casas y su puntuación (cf. supra)

Además, esos grados de fortaleza se entiende que son para hacer el bien o el mal, según la naturaleza específica de la Casa, pues hay dos Casas maléficas por sí mismas o esencialmente: evidentemente, la duodécima, que es la de las enfermedades, cárceles, enemigos etc., y la octava, que es la de la muerte. Pero las restantes son benéficas, es decir, significadoras de bienes y cosas deseables, aunque por accidente, la sexta, la de los siervos, y la segunda, la de las riquezas, sean muchas veces maléficas, en razón de su oposición a la duodécima y la octava, claro. Y no es ilógico, puesto que raro es el siervo que no es un enemigo oculto y las riquezas a menudo son causa de muerte. Pero entonces tiene que haber en la sexta y la segunda planetas maléficos o que los regentes de éstas estén con un mal aspecto al Ascendente o a su regente.

Y no hay que opinar siguiendo a los astrólogos vulgares que cualquier planeta se afortuna en cualquiera de las Casas benéficas, según el número de fuerzas de dicha casa. Ciertamente, tal creencia es falsa, pues Saturno, infausto por su estado celeste, en la primera o en la décima, sería por ello mucho más nocivo para los significados esenciales de dichas Casas. Así pues, cuando Ptolomeo dijo que los planetas en los ángulos se refuerzan mucho, eso hay que entenderlo como que es para beneficiar o perjudicar, de lo contrario, erraría, porque un planeta al ocupar una Casa cualquiera se fortalece allí según los grados de dicha Casas, pero para beneficiar o al contrario, según la naturaleza del espacio, en la medida en que el planeta fuera benéfico o maléfico, *per se* o por su estado celeste. Pues por planeta benéfico no has de entender solamente a Júpiter y Venus, sino cualquier planeta bien dispuesto por su estado celeste: Marte y Saturno en tal estado adquieren el poder de beneficiar, y ese poder para beneficiar, puesto que no pueden llevarlo a efecto más que en las Casas benéficas, cuando se encuentran allí se dice que están afortunados por ellas.

Por lo demás, objetará alguno: es contrario a la razón y a la experiencia que las Casas cadentes sean tan débiles. A la razón, ciertamente, porque la casa novena y la quinta están en la misma mitad del cielo, pero la novena está sobre la tierra, tan elevada como la décima, y la quinta en cambio está bajo tierra, junto a la cuarta. Y por eso la novena será más fuerte que la quinta. A la experiencia, porque de los planetas en la duodécima y en la sexta muchas veces surgen mayores y más notables efectos que de los mismos en la quinta o incluso la undécima.

Respondo:

-Primero: Esto mismo habría que objetarlo mucho más a Ptolomeo, Cardano y los otros antiguos que apenas daban alguna fuerza a las Casas cadentes. Además, la Casa quinta es sucedente, pero la novena es cadente y no debe considerarse más fuerte cualquier Casa sobre la tierra que una Casa bajo la tierra, de lo contrario la duodécima sería más fuerte que la cuarta, cardinal de su misma triplicidad, lo cual es absurdo. Por fin, los planetas que producen efectos más notables en la duodécima o en la sexta, suelen ser maléficos, bien por su naturaleza, bien por su estado celeste, bien por ambas cosas. Pero, según la conformidad del espacio o Casa con la naturaleza o cualidad del planeta ubicado en dicha casa surgirá un efecto mucho mayor que debe atribuirse más bien a dicha conformidad que a la Casa. Y así, Saturno en la duodécima y mal dispuesto por estado celeste, amenaza con grandes calamidades de enfermedades, cárceles etc. Y Júpiter en la duodécima bien dispuesto, presagia grandes riquezas. El Sol exaltado en la décima, grandes honores etc. Y así de los demás.

CAPÍTULO XV

Cuál es el punto más fuerte de cualquier Casa y cuáles son los propios límites influenciales de las Casas: dificultad de gran importancia en astrología.

Los antiguos que definieron la fuerza de las Casas con una medida x atribuyeron al planeta que recorría una Casa la fuerza de toda esa Casa, tanto si el planeta estaba al principio, al medio o al final de la Casa. Por ejemplo: puesto que concedieron 5 grados de fortaleza a la primera Casa, dijeron que Saturno en la primera Casa se fortalecía 5 grados, tanto si estaba situado en la cúspide, al medio o al final de la misma. Lo cual, sin embargo, es contrario a la razón, como se demostrará más abajo.

Además, aunque cada casa está limitada por sus propios círculos de posición, distantes entre ellos 30 grados del ecuador, sin embargo quisieron que los cinco grados últimos de la Casa precedente por movimiento primario, pertenecieran a la siguiente. Por ejemplo: los 5 últimos grados de la novena Casa se dice que están en la décima, porque observarían, evidentemente, que un planeta en aquellos últimos grados influye en los significados de la Casa siguiente.

Por lo cual, Ptolomeo (en el capítulo 11, libro 3) al considerar las Casas aféticas (que, en su opinión son tan sólo la 1, 10, 9 y 11), toma la primera Casa a partir de los 5 últimos grados de la duodécima hasta el 25 de la propia primera Casa. Ni Ptolomeo ni sus comentaristas aportaron su propia explicación de ese hecho, y no despejaron las dificultades nacidas de ello. Por lo tanto, de ello hemos de tratar ahora:

Así pues, afirmo en primer lugar: la cúspide de cualquier Casa marcada por el círculo de posición es el punto más fuerte de dicha Casa. Y por eso un planeta ubicado en la cúspide de alguna Casa está en su máxima fuerza respecto a lo sometido a dicha Casa o sus significados esenciales, que son: la vida, costumbres e ingenio en la primera; las riquezas, en la segunda etc. Pero, cuanto más lejos esté de la cúspide en el mismo espacio, tanta menor fuerza tiene. Y eso, no sólo es admitido por todos los astrólogos aleccionados por la experiencia, sino que se demuestra sobre todo del hecho de que ningún punto de Casa alguna, ni uno precedente dentro de esos cinco grados, ni siguiente hasta los 25, es dirigido por lo que se refiere a los significados de dicho espacio, salvo únicamente el punto de la cúspide: porque consta que es el más eficaz, sobre todo en las direcciones del Ascendente para la vida, y del Mediocielo para las acciones, profesión y honores. Pues, igual que la propia cúspide es el final de la Casa precedente y el inicio de la siguiente, así en la misma casa completamente la fuerza de la precedente y está en su punto más álgido la de la siguiente. Por lo tanto, mal hicieron los antiguos al conceder la fuerza de toda la Casa a un planeta que estuviera cerca del final de la misma.

En segundo lugar, afirmo que es contrario a la razón y la experiencia que los 5 grados de la Casa precedente pertenezcan a la siguiente, de tal modo que hubiera que decir que el planeta situado en

ellos está en la siguiente y no actúa más sobre los significados esenciales de la precedente y que esto nunca ha sido dicho por Ptolomeo. Es, pues, un error de gran importancia en la astrología que ya hemos de explicar y erradicar.

Por lo tanto, primero, es cierto que los límites esenciales de las Casas son tan sólo aquellos dos círculos de posición entre los cuales está incluida cualquier Casa y en la cual está la virtud para determinar de los planetas y los signos respecto a los significados esenciales de la propia casa, como se expondrá con más detalle en su momento. Y no está dicha virtud, al menos *per se*, fuera de ese espacio o de la propia Casa. Por lo cual, de un planeta ubicado en los 5 últimos grados de la precedente no se dirá que está en la siguiente ni determinado, al menos por sí mismo, hacia esos significados esenciales.

No importa que Marte, por ejemplo, situado en los 5 últimos grados de la sexta Casa signifique lides y enemigos abiertos, que son los significados esenciales de la séptima Casa, pues eso no sucede porque Marte esté en la séptima Casa, y determinado por ello al significado de ésta, sino porque el grado de la eclíptica o del ecuador (que son las partes del primer cielo o primera causa física) que ocupa la cúspide -y por ello es el más determinado para tales significados- está conjunto a Marte. Pues por aquella conjunción con Marte, bien es cierto que existe el significado de lides y enemigos abiertos, que también serían significados por un Marte distante 6 grados de la cúspide (porque, evidentemente, el diámetro de su orbe es de 6 grados 30, según lo expuesto anteriormente), de lo contrario sería nulo el efecto de la conjunción de Marte con aquella cúspide o partes del primer cielo que la ocupan, opinar lo cual sería completamente absurdo y contrario a los principios. Pero no significarían eso Júpiter o Venus en el lugar de Marte, sino más bien la carencia de lides y enemigos.

NOTA: A partir de ahora viene un texto medio borroso y cuya traducción está hecha más por conjetura que por lo poco que se puede leer.

Pero esto se demuestra de forma aún más evidente así: Supongamos a Marte (¿? Está borrado y bien podría ser el Sol) partilmente en la cúspide de la séptima y el Sol, por su parte, en esa Casa (Nota: ¿? Está completamente borroso. Cabría suponer la "sexta" Casa, pero el espacio borroso no es suficiente para incluir tantas letras), distante 12 grados de Marte: es cierto que Marte estaría conjunto al Sol o bajo su orbe de diámetro. Y puesto que Marte en la séptima significa para el nativo lides y enemigos abiertos, por la conjunción de Marte y el Sol se denotan lides insignes y enemigos encumbrados, quizá incluso reyes o príncipes, pues la propia conjunción no puede ser ineficaz, por lo que se sigue que el propio Sol, al menos por sí mismo, está determinado hacia lides insignes y magnates enemigos que va a tener el nativo, significado que no existiría si se sustituyera a Venus en lugar de Marte. Pero, puesto que Marte por su naturaleza y determinación en la Casa séptima significa formalmente tales cosas y le sucede que está conjunto al Sol, que

siempre representa cosas grandes e ilustres, de ello resulta por accidente que Marte en razón de su conjunción con el Sol significará lides insignes y magnates enemigos abiertos. Por lo cual Marte por su posición está determinado formalmente a los significados de la séptima Casa, pero el Sol sólo lo está accidentalmente en razón de su conjunción con Marte o con la cúspide de la séptima. Así de los demás.

Pero de ello se siguen tres cosas muy dignas de ser tenidas en cuenta:

-Primero: que el intervalo precedente a la séptima cúspide, dentro del cual un planeta (al menos por accidente, en razón de su conjunción o del aspecto del otro) adquiere significados respecto a la séptima, es diferente para cada planeta, porque diverso es el semidiámetro del orbe de cada planeta. Y no sin razón pensaron los antiguos egipcios y Proclo que la fuerza de cualquier cúspide se extendía hasta el grado decimoquinto antes de dicha cúspide. Evidentemente, no pensaron eso respecto a todos los planetas, sino tan sólo el Sol cuyo semidiámetro de orbe fijaron los antiguos en 15 grados y lo mismo opinaron de los otros planetas junto al Sol y la Luna.

Segundo: un planeta cerca del final de cualquier Casa está determinado respecto a los significados de ambas Casas. Obviamente, formalmente respecto a los significados de la casa que ocupa físicamente, accidentalmente respecto a los significados de la siguiente, a la que está unido de forma tan sólo plática. Y puesto que está tanto más eficazmente determinado accidentalmente cuanto más partil sea la conjunción y está tanto menos determinado formalmente cuanto más cerca se halle del final de la Casa, por eso, a menudo se da que la determinación accidental prevalece sobre la formal. Quizá esto fuera la causa de que los antiguos pensaron que los 5 últimos grados de una Casa pertenecían al espacio siguiente. Sin embargo, no se suprime ni cesa completamente la determinación formal respecto al anterior espacio o Casa.

Tercero: un planeta en la séptima de igual modo está accidentalmente determinado hacia los significados de la sexta por la conjunción con un planeta en dicha sexta, como, por ejemplo, si estuviera el Sol en la cúspide de la séptima conjunto a un planeta, en la sexta, distante de él unos 12 grados. De lo contrario, los límites de las Casas eliminarían la fuerza de las conjunciones y otros aspectos, opinar lo cual sería absurdo y contrario a la experiencia.

FIN DEL PASAJE BORROSO

Objetará alguno que un planeta en la séptima cúspide está en una posición central y en igualdad de condiciones respecto a las Casas 7 y 6, puesto que ocupa dichas Casas con el semidiámetro de su orbe. Y por eso, al menos, es ajeno a la razón, que se diga que está más en la séptima, determinado a sus significados, que en la sexta.

Pero respondo: esa deducción es falsa, pues, aunque el planeta ocupa partes iguales de aquellas Casas, no está sin embargo determinado de modo igual por ellas. Pues en las últimas partes de las Casas, languidece la fuerza determinativa de esos planetas y cesa completamente en la cúspide de la que hablamos (Nota: debe de tratarse de una errata, pues “loquente” sería la cúspide “que habla”. O bien el autor le ha dado un valor pasivo, o ha puesto *loquente* por *sequente*, siguiente). En cambio, en los primeros grados de las Casas, aquella fuerza está en su punto álgido, pero, donde más, en la cúspide. Por lo tanto, es acorde a la razón que se diga que un planeta en la séptima cúspide está en la séptima Casa, determinado a sus significados, más que en la sexta respecto a cuyos significados, dicho planeta, al menos en caso de encontrarse solitario, no parece influir más. Y lo mismo cabe decir de un planeta ubicado igualmente entre dos signos, porque, ciertamente, pertenece al siguiente y subordina a su regencia ese punto si dicho planeta está directo.

Pero, de nuevo se me objetará: en aquellas cosas que, en la naturaleza, van o vuelven, no se da el paso de lo máximo a lo mínimo, o incluso nulo; o del mínimo, e incluso nulo, al máximo, a no ser por algún medio, así pues, la fuerza determinativa que compete a una casa o espacio, que está en su punto máximo en su cúspide, no empezará de ella sin haber estado ninguna parte de ella en la Casa anterior, sino que empezará al menos 5 grados antes de la cúspide, según la opinión de los antiguos astrólogos.

Pero respondo: el axioma anterior es cierto tan sólo dentro de una misma clase y por eso, desde la máxima fuerza en la séptima cúspide hacia la mínima o incluso ninguna al final de la Casa 7 hay el tránsito por todo el espacio intermedio, a lo largo del cual dicha fuerza decrece sensiblemente. Pero las fuerzas de la sexta y séptima Casa difieren por su género, y ni muerte y vida, siervos e hijos, enemigos y amigos, parientes y cónyuge etc. son de la misma naturaleza accidental, por lo tanto, no es nada asombroso que de la mínima virtud de una clase se pase inmediatamente a la máxima de la otra. Y lo mismo se observa en los signos del zodiaco, porque sus fuerzas o naturalezas propias, difieren específicamente también entre ellas, por lo cual, aunque la naturaleza jupiteriana languidezca al final de Piscis y la material (Nota: debe de tratarse de otra errata: *materialis* por *martialis*, de Marte) está mucho más fuerte al principio de Aries, sin embargo, un planeta en el grado 28 de Piscis nunca se dirá que está en Aries o bajo el dominio de Marte. Suelen hacer el mismo razonamiento los geómetras acerca del paso del ángulo menor al mayor, que no hacen del mismo modo, a causa por los diversos tipos de espacio abarcado por los ángulos semicirculares y rectilíneo.

Pero incluso se puede probar con innumerables prácticas de natividades que aquella antigua opinión es contraria a la experiencia. Por ejemplo: en mi carta natal Marte (cuyo semidiámetro de orbe es de 6 gr. 30), regente del Ascendente, dista en arco perpendicular tan sólo 4 gr. 57 del meridiano de bajo tierra (Nota: Fondo del cielo, Casa IV). Y por eso, según la opinión tradicional estaría en la Casa 4 y por ello no

hay que juzgar por los significados de la tercera, aunque esté en ella. Pero la experiencia por lo que a mí y mis hermanos se refiere demuestra lo contrario. Así pues, puesto que en mi ascendente está el signo imperante, principal domicilio de Marte y exaltación del Sol, y Marte está formalmente, según nuestra teoría, en la tercera, por ello no sólo fui propenso a amar a mis hermanos y liberal con ellos, sin que me lo impidiera mi pobreza, sino que además, por derecho celestial, fui el primero entre ellos y les fui superior incluso en la adolescencia, aunque uno de los dos varones fuera mayor que yo. Y ellos, no sólo me veneraron y siguieron mis consejos en materia de costumbres y religión, sino que incluso temían desagradarme poco menos que a nuestro padre. Por fin, de las tres hermanas y tres hermanos, sólo les sobrevivo yo, pues han fallecido. Nadie que estuviera imbuido de los principios de la astrología diría que todas esas circunstancias proceden de otra cosa que de Marte regente de mi Ascendente en la tercera. Pero, puesto que el mismo Marte está conjunto a la cúspide de la cuarta por el semidiámetro de su orbe y por ello está accidentalmente determinado a los significados de la cuarta, por esa razón, también colmé a mis padres de amor y beneficios, pero gasté la herencia materna en los estudios de medicina y el doctorado; y la paterna, en cambio, la regalé a mi hermano mayor, porque, según mi orden, había cuidado filialmente a nuestro padre ya anciano y, sobre todo, enfermo de la dolencia de la que murió, mientras yo viajaba. Pero ambas herencias fueron de buenos terrenos o fincas, lo cual, ciertamente, fue causado también por la conjunción de Marte con la cúspide de la cuarta y así cobra vida completa y egregiamente la doctrina anterior.

De modo similar, en la carta natal de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, Saturno está formalmente en la octava Casa y accidentalmente en la novena, exiliado en Leo, signo de Fuego, herido por una cuadratura casi partil por Marte en la duodécima y opuesto al regente del Ascendente, de forma casi partil también. Por lo tanto, en la medida en que afectaba a la novena, significó infelices y letales viajes largos fuera de su patria; y en la medida en que atañía a la octava, dañado por la cuadratura de Marte, una muerte violenta por un plomo encendido, porque Saturno significa, de entre los metales, el plomo, y Leo, de entre los elementos, el fuego; y también con hierro, a causa de la cuadratura de Marte. Por lo cual, después de dos heridas infligidas por balas encendidas, fue acribillado de golpes y estoques de espada y incluso recibió un indigno trato verbal; es más, parcialmente desnudo y sucio de sangre y polvo, a duras penas pudo ser encontrado al día siguiente entre los montones de cadáveres y, una vez localizado, difícilmente se le pudo reconocer, un final vergonzoso que presagiaba Saturno muy mal dispuesto en la octava, como se confirma por la carta y la muerte del duque de Montmorancy. Así pues, Saturno tenía significados de la octava y la novena.

Siguiendo con la misma carta del rey de Suecia, el Sol, regente de la octava y de la novena está formalmente en la primera Casa y accidentalmente en la segunda. En la medida en que está en la primera, representa a un hombre ilustre y famoso en todo el orbe de la tierra; en la medida en que es regente de la octava en la primera, una

muerte célebre y pública por su propia culpa, porque no quiso ponerse las armas para el combate, a pesar de que se lo rogaron con muchas preces sus amigos, pues no hubiese sido muerto si hubiese ido armado; en la medida en que es el regente de la novena en la primera, y en trígono a la novena, hizo viajes lejanos y gloriosos; pero en la medida en que está en la segunda, habla de riquezas espléndidas adquiridas en regiones extranjeras por el propio Marte y por el esfuerzo, por el mismo Sol regente de la novena en trígono a dicha novena. Por lo tanto, también el Sol tenía significados tanto de la primera como de la segunda. Y de otras cartas se desprende que lo mismo es cierto, como siempre he observado.

Por fin, Ptolomeo no dice que los cinco grados antes del Ascendente no pertenezcan al dominio de la duodécima, sino que éstos tan sólo hay que considerarlos para la elección del afeta, si el Sol o la Luna se hallaran en ellos, porque, evidentemente, el Sol o la Luna encontrados allí, al menos por accidente, es más, eficazmente, están determinados para los significados esenciales del Ascendente, al cual están conjuntos de forma muy próxima y por ello merecen el poder afético.

CAPÍTULO XVI

Cómo hay que medir aquellos 5 grados del final, anteriores a la cúspide, o, el semidiámetro de orbe de influencia de los planetas según digo yo. Y que Cardano debe de ser censurado en ese apartado.

ADVERTENCIA: Aquí empieza otro pasaje con parte de la línea borrosa, y, además, letras sobrepuestas encima del texto, por lo que la traducción a menudo se hace por conjetura.

Acerca de los 5 grados de los antiguos precedentes a la cúspide o, según yo, el semidiámetro del orbe de influencia de un planeta cualquiera, puede preguntarse con derecho por qué razón se mide la distancia a partir de la cúspide. Schonero, aficionado por igual a la división de las Casas por la eclíptica, pensó que aquellos debían ser contados en la eclíptica siguiendo el parecer de Ptolomeo, pero Cardano, en su Comentario al capítulo 11, libro 3, dice que Ptolomeo pensaba que los 5 grados antes de la cúspide y los 25 de después se medían por los grados ecuatoriales. Y por eso el principio de la undécima Casa distaría 25 (¿15? ilegible) grados ecuatoriales del Mediocielo. De todas formas propone por ejemplo su carta natal, veamos: supongamos que la ascensión recta del Mediocielo sea de 289 gr. 47, por lo tanto, la ascensión oblicua de aquel principio será de 314 gr. 47. Una vez situado éste, busca el grado de la eclíptica adecuado a aquel principio y encuentra de modo erróneo 7 grados de Acuario y se ve claramente cuan falso es esto por el hecho de que la cúspide de la undécima estaría según él en el octavo grado de Acuario. Pero el séptimo y el octavo grados de Acuario en la eclíptica no distan entre ellos 5 grados ecuatoriales, tanto por ascensiones rectas, como por oblicuas, se toma la distancia del séptimo grado de Acuario del Mediocielo y se encuentra que dista 25 grados ecuatoriales, pero por

ascensiones rectas distará 19.38, por oblicuas, casi 29 grados, porque, evidentemente, el polo del Mundo está elevado sobre el círculo de posición del séptimo grado de Acuario casi 25 grados, y por eso la ascensión oblicua del séptimo grado de Acuario sería de 318 gr. 25, lo cual no advirtió Cardano.

Pero aquel grado debía de encontrarse así: puesto que la ascensión oblicua del principio citado más arriba era de 314.47, por lo tanto, siendo la distancia de ese punto del ecuador al Mediocielo 25 grados con declinación nula, se ha de encontrar el círculo de posición y la altura el polo sobre el mismo, en la latitud del lugar de la natividad que es de ----- 30 (ilegible) y se hallarán 22 grados para esa misma altura. Por fin, en la tabla de las ascensiones oblicuas para una latitud de 22 grados, se busca sobre qué punto la ascensión oblicua es 314.47. Y se encontrará casi 4.17 de Acuario por aquel principio.

Pero, puesto que aquellos límites de 5 grados para todos los planetas han sido rechazados por mí, y se ha introducido en lugar de aquéllos el semidiámetro del orbe de influencia de cualquier planeta, porque, obviamente, aquellos límites tan sólo habían sido fijados por los antiguos a causa de los planetas de los que se había observado que influían sobre los significados esenciales de la Casa cuando estaban un poco antes de la cúspide; pero influyen por conjunción con la cúspide, como hemos dicho antes, conjunción que se ha de medir según el semidiámetro del orbe del planeta conjunto, por todo ello, una vez sentada la cantidad de ese semidiámetro según el capítulo 1, habrá que encontrar la distancia del planeta de dicha cúspide. Pero puede tomarse de dos maneras: o dirigiendo el planeta a la cúspide y tomando el arco de la dirección por la distancia buscada; o restado el arco perpendicular del planeta al círculo de posición de dicha cúspide, y tomado ese arco por aquella distancia. Y, ciertamente, el segundo modo es más certero y más cuidadoso, porque, evidentemente, ese arco es parte de aquel semidiámetro (totalmente ilegible) o éste de aquél o ambos son iguales. En el libro 17, sección 3, capítulo 6, se demuestra cómo hay que encontrar dicho arco.

Así pues, tan sólo nos queda censurar de nuevo a Cardano al final de aquel capítulo 11 (ilegible), libro 3, sobre los límites citados antes. Pues allí, al hablar de las Casas aféticas, que, según Ptolomeo son las Casas 1, 10, 7, 9, 11, 7, dice: "Porque cuando una Casa idónea sigue a una Casa idónea, aquellos 5 últimos grados no deben ser descartados, porque, aunque no sirvan por la Casa de la que forman parte, sí sirven sin embargo por la siguiente. Ejemplo: los 5 últimos grados de la novena, aunque no son buenos por la novena, son sin embargo buenos, porque son parte de la décima, la Casa siguiente; y los 5 últimos grados de la décima, aunque no son buenos por la décima, son buenos por ser de la Casa undécima, que le sigue. Y así podemos considerar la novena y la décima sin restarles esos 5 grados. Por lo tanto, tan sólo habrá que restarlos a la primera, séptima y undécima, porque las Casas que las siguen, -la 2, 8 y 12- no son aféticas".

Estas palabras significan 2 cosas:

-Primero: que aquellos 5 grados tan sólo han de entenderse de las Casas aféticas citadas anteriormente, pero no de las demás. Lo cual sin embargo va en contra de lo expresado por Ptolomeo, que en aquel capítulo 11 resta los 5 últimos grados de la duodécima en favor de la primera, uniéndolos a los siguientes 25 grados de dicha primera, cuyos restantes 5 grados, por consecuencia, habrán de ser a su vez unidos a los siguientes 25 grados de la segunda y así seguido, puesto que cualquier Casa consta de 30 grados.

-Segundo: el que cuando una Casa afética idónea sucede a una idónea no haya que restar esos 5 últimos grados de la precedente, “porque -dice él- aunque no sirvan por la casa de la que forman parte, sí sirven sin embargo por la siguiente”; pero -digo yo- si son buenos por la siguiente, porque ésta es afética, ¿por qué no lo son por la precedente, que también es afética? Pero, lo que es más importante, demostraremos en su lugar que el afeta de Ptolomeo y la forma de elegirlo son ficciones. Y por eso hay que poner los límites accidentales de las casas, de los cuales se trata aquí, no solamente por algunos espacios, sino por todos.

Y así, un asunto de gran importancia para la astrología que nunca ha sido comprendido, ya parece resuelto por nosotros de tal modo que no sólo queda patente su verdad, sino que no se puede objetar contra la doctrina que hemos sentado ninguna dificultad que no se resuelva muy fácilmente.

CAPÍTULO XVII

Cómo hay que distribuir la fuerza propia de cada espacio en sus partes o cómo hay que encontrar la fuerza por Casa de cualquier planeta.

Puesto que, según el capítulo 15, cada Casa, o espacio, se diferencia de sus semejantes por sus características esenciales, pero toda la fuerza entera de cualquier Casa se debe otorgar a la cúspide, y disminuye sensiblemente según la mayor distancia de la cúspide, de tal modo que cesa al final del espacio, por lo tanto si se busca para un planeta ubicado en la undécima Casa cuánta fuerza le incumbe por Casa, se encontrará esto del siguiente modo:

Se toma, en el círculo vertical primario, la altura de ambos círculos de posición que limitan la undécima Casa, según la tabla de Campano, ideada por él para la división de las Casas. Pues la diferencia de altitud es la distancia de uno y otro círculo y, a la mayor altitud -es decir, a la cúspide de la undécima- le corresponden 4 grados de fuerza -lo cual, evidentemente, es la fuerza de la undécima Casa-, y a la menor, nada. Por otra parte, se toma también la altura del círculo de posición del planeta que está dentro de la undécima Casa (pero constará también si sobresale, si el polo fuera más alto sobre ese círculo que sobre el círculo de la duodécima) y se anotan las dos

diferencias de altura: la primera, la de los círculos 11 y 12, que sería de 28 grados en la tabla de Campani; la segunda, la de los círculos del planeta y de la duodécima, que sería de 6 grados. Y se dice: si a 28 grados de distancia, contados desde la altura del círculo de la duodécima hasta la altura del círculo de la undécima se deben 4 grados de fuerza, ¿cuántos hay que atribuir a 6 grados de distancia contados desde la altura del círculo de la duodécima hasta la altura del círculo del planeta? Y se encontrará 0.51, lo cual será la fuerza del planeta por el espacio o Casa. Y así se obrará con los demás.

Pero, puesto que averiguar eso exactamente no parece tan necesario ni de tan gran importancia, sobre todo en una cuestión como la fuerza de los planetas, supuesta sólo por conjeturas, bastará resolver el tema con una proporción igualmente hipotética y válida, y recordar que la fuerza de cualquier Casa crece desde la segunda cúspide hasta la precedente, y por eso establecí una proporción como la anterior, no al contrario.